



TE LO CONCEDO

RAQUEL ATTARD

Título: TE LO CONCEDO

T.L,

©2020, RAQUEL ATTARD

Primera Edición

Licencia: Todos los derechos reservados

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal).

*A los Nicos y Elenas de este mundo,
porque todos nos merecemos
un final feliz*

INDICE

[Prólogo](#)

[Segundo Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Segundo Epílogo](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

NICO

Cuando conocí a Valeria me quedé literalmente embobado. Nunca había visto belleza igual y no porque fuera perfecta, sino porque estaba hecha para mí. Me alejé de ella para respetar mi amistad con Olfo y año tras año fui viendo cómo se convertía en una mujer fuerte, preciosa y decidida. Quería acercarme a ella cada vez más, resistirme a darle un beso ha sido lo más duro que he tenido que hacer en la vida, y he tenido que hacerlo muchas veces. Durante su relación con Alvaro estuvimos más separados. Olfo y yo queríamos que abriera los ojos, pero era cosa suya hacerlo.

Cuando por fin lo dejaron, quise protegerla y me volqué mucho más en ella. No entendía cómo alguien podía hacerle eso. Engañarla, destrozarla. ¿Cómo alguien puede tenerla y no quererla? Supe que ese tío era gilipollas y me prometí que nunca nadie volvería a hacerle daño. Ni siquiera yo.

Volví a ser su amigo y su confidente. Volví a estar a su lado, viendo una película, tomando unas copas y, simplemente, hablando. Poco a poco volvió a recuperar su sonrisa y el brillo en los ojos. Cada vez que quedábamos, salía del coche para poder acercarme a saludarla. Le daba un abrazo y nos quedábamos pegados algunos segundos más de los necesarios. Los dos lo sabíamos, pero nunca hablábamos de ello. Yo notaba su presencia en cada reunión y tenía que esforzarme mucho para no quedarme mirándola todo el tiempo. Es algo que siempre me ha fascinado de ella,

tiene luz propia y es capaz de brillar tanto que ninguna otra luz es competencia para ella. También era lo que más me jodía, porque yo no fui el único en darme cuenta.

Sabía que ella era la única que podía hacerme daño y que, si se lo proponía, me destrozaría. Perder una parte de ti es algo que cuesta mucho superar, y creo que por eso tardé tanto en dar el paso. Pero al final, el destino que tanto nos había acercado y separado, nos unió como a uno solo y por fin pude estar completo. Cuánto duraría esa felicidad era algo que ya no dependía de mí sino de ella.

Y no esperé que durara tan poco. Oliver se interpuso en nuestro camino... Quizá estuvo allí incluso antes que yo. En realidad, si lo pensaba bien, nunca había sido mía.

Segundo Prólogo

ELENA

Anoche lo volví a ver caminando por la plaza, se sentó en un banco y empezó a mirar al vacío, a la nada, totalmente sumido en sus pensamientos. Daría lo que fuera por poder escuchar lo que pensaba. Sobre todo, cuando se levantó y salió corriendo como alma lleva el diablo, sin que nada lo alterara, sin un motivo razonable.

¿Qué pasaría por su cabeza para querer huir?

Quise esperar a ver si volvía, pero el sueño me venció. Noche tras noche desde que vivía con Valeria, Nico salía a correr y pasaba por delante de mi casa. Yo ya tenía mi rutina hecha. Él pasaba todos los días, a la misma hora, por la plaza que hay debajo de mi edificio, y yo lo miraba desde mi ventana embelesada. Sin embargo, nunca se había detenido. Pero anoche lo hizo, y yo me torturé imaginando qué ocultaría esa actitud.

Lo descubrí al día siguiente. Valeria lo había dejado y él había sido testigo de cómo Oliver y ella se besaban en el mirador. Por fin se había decidido. Creo que la única que no se daba cuenta de que estaba completamente enamorada de él, era ella. Incluso Nico lo sabía. Él notaba cómo la perdía mientras yo lo observaba a él, en un segundo plano, sin poder ponerle remedio. Porque sobre el corazón no se manda.

Por supuesto, Valeria es mi amiga desde hace siglos y nunca, jamás en la vida, se me hubiera ocurrido meterme en medio de esa relación. Y es que, incluso cuando lo dejaron y Val estaba con Oliver, Nico no tenía ojos para nadie más.

Y es por eso que, mientras Nico pensaba en Valeria, yo ya lo tenía a él en mi cabeza. Nunca lo dije. No tenía sentido. Él nunca se habría fijado en mí, ni yo quiero ser el segundo plato de nadie.

¿Lo seré siempre?

Yo quiero a alguien para mí. Para quien yo sea lo primero.

Mi persona.

Porque, aunque dicen que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, para mí esa regla ya no se aplicaba.

Ver que Nico estaba tan desesperado, y saber que era por alguien que no soy yo, me tenía derrotada. Sé que no puedo pretender que me quisiera incluso cuando casi no me conocía, sé lo que significa Valeria para él, pero no puedo evitar sentirme la segunda.

Pensaba que Nico estaba hecho a mi medida, ¡Ay, loquita! No te entretengas más que no llegas a dónde quieres ir.

A ver, que me centro. Todo comenzó...

Capítulo 1

ELENA

Soy Elena. Tengo treinta años y hace uno que rompí con mi novio. Llevábamos saliendo diez años pero no avanzábamos ni con un tráiler remolcándonos. La relación estaba totalmente abocada al fracaso y yo lo sabía. No porque no lo quisiera, lo quería como a nadie, pero no me volvía loca.

¿Por qué? Ni idea.

Puedo ponerme a pensar ahora en una u otra razón para que no me motivara una persona con la que llevaba casi la mitad de mi vida, pero vamos... a estas alturas, ¿para qué?

Hasta hace unos meses trabajaba en la Agencia Tributaria, atendiendo las peticiones de los contribuyentes, pero hubo una vacante en el despacho de mi amiga Valeria y ahora trabajo como asesora fiscal para grandes empresas. Necesitaba un cambio en mi vida y este ha sido uno bastante drástico, pero no me arrepiento. He descubierto que me encanta. Habiendo estado dentro de la Administración, puedo aconsejar mucho mejor a los clientes.

Me siento como una espía doble que ha estado infiltrada durante un tiempo y ahora vuelve a trabajar para el enemigo, ¡qué emocionante!

En fin, me encanta montarme mis películas, ya lo veis. Val siempre me dice que estoy *loca loquita* pero eso es porque Cris me contagia cada vez que le da el brote.

Este es un ejemplo *Cris-is*:

¿Qué quiero cotillear? vamos a llamar a Elena = dos horas hablando sobre todo. Me cuenta hasta lo que ha comido.

Hel, ¿qué pasa? Pues nada, nena, yo bien, que estoy pensando en hacerme un tatuaje = acabamos las dos con un tatuaje de un infinito en la barriga, entre el ombligo y lo que ya no se ve.

¡Leni! Que me voy una semana a un hotelito rural con encanto, necesito desconectar, ¿te vienes? = una semana cerrando todos los locales de Ibiza. ¡Qué morena me puse ese verano!

Len, que me he echado un ligue y tiene un amigo cañón = toda la noche aguantando al amiguito pesado para que ella pudiera estar con el suyo.

¡Venga ya, Ele! vente al concierto conmigo por fiii, solo va a ser un paseito en coche = nos plantamos en Cádiz a las tres horas y nos tiramos otras tantas de pie para entrar a un concierto de El Barrio. Que conste que lo adoro, pero adoro más a mi Cris, por eso le sigo el rollo.

Y sí, esa soy yo: Elena, Leni, Len, Ele, Hel... me tienen puestos más nombres que a alguien de la realeza.

Claro, que todas esas locuras las hicimos después de su divorcio, ahora que está con Arturo, es casi impensable. Con deciros que están tan pegados como un chicle al pelo ¡o peor! las lapas a su lado exhiben orgullosas su independencia.

Al final, hemos acabado viéndonos solo un día a la semana, los “martes locos”, que compartimos Cris, Val y yo.

La gente del trabajo también me invita a salir de vez en cuando. Nuestro jefe, Alessio, nunca se une, pero admito que no me importaría que lo hiciera. Ya me advirtió Valeria de lo imponente que era, y lo he comprobado con mis propios ojos.

El resto del tiempo quedo con Val, Oli y la pandilla. Olfo, María, Eli, Luis, Teo, Jaime, Lola, Andrés y Nico son estupendos.

¡Ay, Dios! ¡cómo está Nico! Si no es porque tuvo una historia un tanto conflictiva con Valeria, estaría con él día sí y día también. Bueno, si él también quisiera...

Llevo enamoradita de Nico desde que lo conozco, pero está *clarinete* que sigue enamorado de Val hasta las trancas. Ella tiene que acordarse de ser comprensiva y no llevar demasiado a Oliver a las reuniones porque, por mucho que haya pasado casi un año desde que terminaron, los amores no correspondidos son los más difíciles de superar y este, en concreto, es una lata.

A veces se instala una tensión incómoda en el grupo que no hay quien la aguante. ¡*Yo deserto!*, he estado a punto de decir muchas veces. Desbandada general y que cada uno se apunte a otro grupo, que el nuestro se desmiembra. En cualquier momento llega la sangre al río, pensaba yo. Pero no. Contra todo pronóstico, son tan civilizados que hasta da asco.

¡Un poco de vidilla, *lechuza!*

Pero a lo que vamos. Conocí a Nico en una de mis fiestas de cumpleaños, hace casi once años. Era la primera vez que invitaba a Valeria, y no tenía ni idea de que vendría acompañada. Por aquella época, yo ya estaba tonteando con Juan, pero Nico no me pasó desapercibido. He de admitir, ahora que los dos estamos solteros, que siempre he sentido una atracción brutal por él, aunque no sea recíproca. Pero se le ve que sigue muy dolido porque Valeria lo dejó, así que ni ahora habría posibilidad de nada...

En fin, él nunca me ha visto de esa forma.

Desde pequeña me han dicho que tengo una gracia natural. Mis padres están apuntados a un club de campo y he practicado los deportes más pijos. Vela, hípica, no hay nada que se me resista. Les he acompañado a muchos actos sociales y he aprendido todo lo que sé sobre protocolo de la mejor: mi madre.

Refinada, clásica, sobria, así es mi modelo a seguir. La gente no para de compararme con ella.

Tu tan elegante siempre Helen, qué guapa estás.

Eres guapa a reventar.

Me suelen decir, y yo me canso de tanta adulación.

Todo el mundo me ha dicho desde pequeñita que soy refinada, con clase, elegante, sutil, distinguida... y un montón más de calificativos que, al fin y al cabo, significan lo mismo.

Antes de caminar ya sabía el orden de los cubiertos en una mesa. Mis primeras palabras fueron *por favor* y *gracias*, al parecer *mamá* y *papá* estaba sobrevalorado para ellos. He asistido a eventos desde que tengo uso de razón y he ganado varios concursos del club: educación, belleza, estilo. Sé todo lo que hay que saber sobre protocolo.

Y esto lo explico porque sé que para algunas personas puedo parecer una pija superficial, pero es solo exteriormente. Mi personalidad es otra historia. Os aseguro que tengo un buen fondo.

A veces siento que la vida me viene grande. Cuando dejé la relación de diez años con mi novio, aun sabiendo que era lo mejor que había hecho en la vida, me hundí. Lo pasé realmente mal porque, si hay algo peor que estar con alguien a quien quieres pero de quien no estás enamorada, es romperle el corazón a esa persona, que sí siente un amor inmenso por ti.

En ese momento, la vida era gigantesca y yo muy pequeñita. ¿Cómo superarlo? Me ha costado, mucho. He llorado, me he lamentado y he hecho lo imposible para que la culpa no se aprovechara de mi ánimo y me deshiciera poco a poco, como la arena entre los dedos de alguien a quién le importa bien poco que esa arena se pierda porque hay montones y montones en todo el mundo. Incluso todavía, habiendo pasado ya un tiempo considerable, pienso que no lo tengo superado.

Así de chiquitita me siento.

Recuerdo mucho mi época con Juan. Las costumbres que teníamos establecidas, sus caricias, su apoyo. La forma en que me sonreía o me daba ánimos cuando algo me salía mal. Cómo me aguantaba, me escuchaba impertérrito y no decía nada sobre mis quejas o mi mal humor. Porque, cuando para todo el mundo era la Elena sonriente y segura de sí misma, a la que nada afectaba y que cumplía a la perfección su papel, con él era la verdadera, la que sacaba su carácter pero también la que se permitía llorar e incluso patallar.

Echo en falta una persona que sea toda mía, como yo también en una época fui para él.

Pero si hay algo que me mantiene, que me da esperanzas, es creer que habrá una mano que sabrá distinguirme entre tantos montones de arena y que no me dejará escapar.

Todo el mundo se merece un amor verdadero, un amor que lo consuma, que lo vuelva loco, que lo haga perder la razón y lo despierte del letargo. Que lo haga sentir vivo y querer más porque nunca será suficiente.

Y yo estoy en ello, pero cuesta.

Porque, si bien muchos amores llegan a tu vida por casualidad, yo soy de querer las cosas al instante y eso, amigos míos, he descubierto por las malas que no funciona así. Hay cosas, y personas, por las que hay que pelear, que no te vienen dadas.

Siempre he conseguido todo lo que me he propuesto: la carrera de derecho en cinco años, dos años para las oposiciones y ¡Bang! Funcionaria. Quería mi casa propia, trabajando para la

Administración cualquier banco me daba un crédito. Quería un cambio de vida, me ofrecieron trabajo en el despacho de Valeria.

¿Y qué pasa? Pues que me he malacostumbrado... ¡qué le vamos a hacer! A todo el mundo le gusta lo bueno.

Aunque muchas cosas me las he currado yo, también es cierto que tengo unas amigas inmejorables. Recuerdo que Valeria me llamó, hacen ahora unos ocho meses, cuando a ella la hicieron responsable de formación y ya casi estaban terminando la fusión, y me dijo *“Elena eres la mejor en lo tuyo y conoces cómo funciona la Agencia Tributaria por dentro, necesitas un cambio y yo te lo ofrezco. Eres perfecta para el puesto, no te estoy regalando nada.”*

Y por supuesto que no lo hace. Trabajo muy duro, como la que más, e intento ganarme este puesto cada día.

De hecho, hoy mismo tenemos una reunión con un cliente que ha traído Alessio. Desde que Fede reactivó el área de asesoría fiscal, este es cliente más grande que me han asignado, y pienso hacer todo lo posible para que quede contento con nuestros servicios. Al parecer, quiere abrir una sucursal de su empresa de aplicaciones informáticas en España y ha contratado los servicios de nuestro despacho.

Me preparo para ir al trabajo, sintiéndome fuerte y segura de que voy a lograr hacer algo bueno por este cliente. Me visto y me maquillo con mucho mimo, y me preparo mentalmente para dar una buena impresión. Creo que sé lo que quiere. Las *apps* están dando un repunte y, si trabajo con el equipo de derecho digital y protección de datos de la forma en que hemos acordado, le presentaremos un programa íntegro para su empresa que no podrá rechazar.

Llego a la oficina y saludo a mis compis. Marcos, Javier, Fede, Mar y Benjamín. Todos siguen aquí, incluso Silvia que, por lo que me dijo Valeria, era un poco arpía, pero será buena en lo suyo, porque ha conservado su puesto después de una fusión en la que, por desgracia, se han perdido algunos empleos.

También Isabella, la hermana de Alessio, que viene de vez en cuando para controlar a los trabajadores trasladados desde Italia y reunirse con su hermano. Alessio sí está permanentemente aquí, le debe gustar España o querrá controlar su inversión de cerca. Él, aunque ejerce como abogado, se ha convertido en el CEO de la empresa, a la altura de Bernardo, pero mucho más activo que este. Además, hace una función comercial muy importante. No deja de traer clientes al despacho y, en poco tiempo, hemos crecido muchísimo.

Mi oficina está al fondo, cerca de la de Valeria. Sí, está hecho a propósito. Así entre, caso y caso, nos ponemos al día. La saludo pegando en su puerta, pero está al teléfono y me hace un gesto con la mano para que hablemos luego. Como responsable de formación, ya no lleva casos, sino que se dedica a enseñar y supervisar a los abogados jóvenes, por lo que tampoco tiene secretaria ya. Fani fue reasignada a Javier.

En mi departamento somos tres personas, Martina, que viene de Italia; Laura, que lleva dos años trabajando en la empresa y yo. Marcos lleva el área penal del despacho y Mar y Benjamin están a su cargo. Silvia lleva civil, junto con Inés y Alicia. Luego están Robert, de protección de datos y Micaela, una ingeniera italiana que vino para el área de nuevas tecnologías. Esos somos, de momento, todos lo que conformamos este despacho. Quieren seguir ampliándolo, pero creo que eso aun llevará un tiempo. Javier se está encargando de ello y Fede continúa con el área laboral.

Alessio pasa por mi despacho para infundirme confianza.

—¡Hola, Aless! —lo saludo, un poco nerviosa. Este hombre me impone mucho. Él se acerca a mí, más de lo que debe, y me dice casi en la oreja, para que no lo escuche el cliente:

—¿Lo tienes todo controlado, Elena?

—Sí —digo, intentando ponerme firme. Le gusta provocarme y lo consigue.

—Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela.

No esperaba que fuera así. Cuando Valeria me habló de Alessio, creía que sería un cincuentón canoso y de mirada interesante que quería fusionarse con un despacho español, ambicioso claro, pero no un hombre de unos treinta y cinco años, con mirada penetrante y con el que quisiera fusionarme yo.

—El señor Costello ha llegado —me dice el mismo Alessio, presentándomelo.

—Encantada, soy Elena Sanz.

—Llámame Fabio, por favor.

Que no me lo diga dos veces. Fabio está de toma pan, niña, y moja lo que quieras, con traje de raya diplomática y camisa celeste, como sus ojos. Vaya tela.

—¿Cómo estás, Fabio? —le tiendo la mano, que me estrecha fuertemente.

—De momento, encantado con el personal. Creo que me va a gustar hacer negocios con vosotros.

Micaela, Robert y yo pasamos a la sala de juntas, guiando a Fabio, y le exponemos nuestro plan a dos años vista para su negocio de aplicaciones informáticas. La parte fiscal, que es la mía, incluye una serie de subvenciones y medidas para la creación de nuevas empresas en España, cosa que parece gustarle.

Acabada la reunión, nos damos de nuevo un apretón de manos, emplazándonos a hablar en los próximos días.

Val sale de su despacho con la cara a cuadros.

—Buenos días, Leni.

—¡Hola, bombón!

—Bombón el cliente, tía... Joder. ¿Cómo ha ido la reunión?

—Creo que bien, pero hasta que este hombre no me dé el visto bueno, estoy en vilo. Y tú, ¿qué tal?

—Mmm... paso palabra —me mira rara.

—¿Qué te ocurre?

A Val no le da tiempo a contestar, ya que llega Isabella.

—Buenos días, nos saluda.

—Buenos días, Bella —contestamos las dos al unísono, mientras ella pasa de largo hacia el despacho de Alessio. Desde que terminó la fusión, suele venir una o dos veces al mes a reunirse con su hermano y luego vuelve a la sede de Roma.

—Leni, el miércoles es el cumple de Oliver —me dice Valeria, ilusionada, cambiando la cara que tenía antes—. Queremos salir a celebrarlo el sábado. Algo íntimo, ya sabes. Algunos amigos de Oliver y la pandilla.

Sí, ya me conozco yo sus reuniones íntimas. Medio equipo de fútbol... Pero bueno, por mí genial, porque siempre conozco gente nueva y me encanta salir con ellos.

—¡Perfecto! ¿qué le compro, tía?

—Anda, anda. ¿Qué le vas a comprar? Si Oli tiene de todo. ¡Que me tiene a mí, Leni! —Se ríe, qué tonta es—. Tú preocúpate de venir tú, que es lo más importante.

—Hombre, Val, un detallito o algo, no está bien ir a un cumple con las manos vacías —mueve la cabeza como diciendo <<tú y tu protocolo, Elena>> y yo cambio de tema, no me voy a salir con la mía en esto—. ¿Has avisado a Cris y Arturo?

—Sí, pero la muy pava dice que no tiene el cuerpo para fiestiquis. No sé qué le pasa

últimamente.

—Ya... —pienso por un momento—, ahora que lo dices, hace días que la noto rara. ¿Qué crees que será?

—Pffff conociéndola, una valeriada en toda regla —nos reímos. Es verdad que Cris siempre tiene algo. Mañana quedaremos con ella, que nos tocan los martes locos, y que nos cuente.

Volvemos cada una a nuestros despachos, continuando la jornada hasta las seis, que es cuando echamos el cierre. Cogemos el bolso y estamos saliendo por la puerta cuando Alessio me llama.

—Elena, espera un momento, *per favore*.

Ufff. Qué acentazo más sexy, ¡por Dios! Val me mira y yo le hago un movimiento con la cabeza para que siga sin mí. Mañana le cuento.

Me giro hacia Alessio, esperando que venga a mi encuentro. Es un hombre imponente y yo también, que desde que lo dejé con Juan, veo atractivos a la mitad de los tíos, imaginaos.... Su hermana va detrás de él.

—Bella, esperame en el coche, enseguida voy.

Ella se despide de mí, no sin antes levantar las cejas intuyendo que aquí pasa algo mientras yo me sonrojo, pero nada más lejos de la realidad. La verdad es que, desde que llegué al despacho, tenemos un flirteo, pero bastante sano. Nunca ha ocurrido nada, y no porque a mí me hubiera importado, sino porque sabemos cuál es nuestro lugar en la empresa.

—Elena, he hablado con Fabio antes de irse y ha quedado encantado con vuestra propuesta. Obviamente, va a estudiarla y echar números, pero no dudo de que lo tengamos en el bote.

Me rio, ¡qué raro escucharle esas expresiones tan españolas!

—Genial, eso espero Aless. Me gustaría mucho conseguir este cliente, no tenemos ninguna empresa con un volumen de negocio tan grande —me mira de una forma... que hace que me quede embobada. No me había fijado en la sonrisa de sus ojos.

Su teléfono suena, sacándonos del letargo. Lo coge de su bolsillo, frunce el ceño y me hace un gesto con el dedo para que espere.

—Dime, Fabio —contesta sin titubear. ¡Vaya! Es el cliente—. Ajá... Sí. Por supuesto... seguro que mi equipo lo ha contemplado y te lo podemos hacer llegar por e-mail... claro, sin problema. *Chao*.

Su cara no tiene desperdicio. Cuelga el teléfono y se vuelve hacia mí.

—Fabio dice que necesita una lista de todas las empresas competidoras para el cierre. ¿Lo habéis mirado?

—Ostras... —me muerdo un carrillo con vehemencia. Sé de alguna, claro, he estudiado sus modelos de comportamiento, pero no he sacado un listado. Contaré con una o dos, a lo sumo.

—¿Ostras? —me mira sonriendo— ¿qué tienes? ¿diez años?

Yo me sonrojo y Alessio se ríe. Sí, sé que a veces tengo un lenguaje muy repipi, no puedo evitarlo. Son años y años juntándome con los pijos del club.

No le contesto a eso, sino a lo que realmente importa.

—Tengo un par en mente, Aless, pero no tengo una lista hecha. Tendría que ponerme a ello...

—Pues lo necesita para ya... —se queda pensativo, mirándome de forma inquisitiva—. Vamos, trabajaremos mano a mano para conseguirlo.

Comienza a moverse pero yo me quedo parada.

—¡Venga, Elena! —me grita, dirigiéndose a su coche—. ¿A qué esperas?

Mantiene la puerta abierta, esperando que me suba. Animo a mis pies a caminar y, antes de entrar al coche, amago una pequeña sonrisa de disculpa. Vaya telita. ¿Pero dónde me lleva este

hombre?

—Elena... —me dice Bella atónita, mirándonos a su hermano y a mí, alternativamente— ¿te unes a la fiesta? —Y se echa a reír. No me cae mal esta chica aunque nunca he llegado a entablar una conversación larga con ella. Le sonrío, encogiéndome de hombros.

Alessio le explica que el cliente nos ha pedido un último detalle para cerrar la operación y, al parecer, vamos a su casa a trabajar en ello. Me hago caquita encima. En qué situaciones me meto... o me meten. Bella sabe exactamente a qué cliente se refiere su hermano y observo cómo está puesta en todo lo concerniente al despacho aunque esté en España solo unos días al mes.

Oye, ¿Y si llego a tener planes? Caigo en la cuenta y desconecto de su conversación. A ver, no nos engañemos, un lunes no soy yo de irme de juerga, pero podía haberme acercado al gimnasio o a casa de mis padres, haber quedado con Val o algo... *buah*, ni loquita. No lo hubiera hecho. Yo soy más de mantita y peli... Y de quedarme mirando por la ventana esperando a que pase Nico. De eso soy mucho también... aunque desde que se mudó de la casa que compartía con Val, ya ni siquiera lo hace. Hace meses que me asomo por la ventana con la esperanza de verlo y meses que, cada vez que lo hago, me llevo un chasco al no encontrarlo. No le he preguntado sobre ello, por supuesto, aunque me intriga saber por qué ha dejado de hacer algo que tanto le gusta.

—Ya hemos llegado —interrumpe Alessio mis pensamientos.

Cuando me apeo del coche, estoy frente a una casa victoriana, rodeada por un pequeño jardín con vistas a la playa de Pedregalejo, a pocos kilómetros de Málaga capital.

Bella abre la puerta y sale pitando mientras Alessio la mantiene abierta para cederme a mí el paso. Es una casa preciosa y se ve que la han convertido en un hogar lejos de su hogar.

—Isabella —la llama antes de que se pierda por el pasillo— dile a Florencia que nos traiga algo de comer al despacho, por favor, y agua. Quizás tardemos unas horas en terminar.

—*Va bene*¹ —dice Bella, despidiéndose de mí con un movimiento de cabeza. Como os digo, no me cae mal, pero tampoco es muy amable que digamos. Algo le ha debido pasar en su vida, porque mantiene mucho las distancias con todo el personal. Eso, o que es una persona altiva y esquiva con sus empleados. Y podría seguir especulando porque, a estas alturas, ¿Quién conoce a nadie realmente?

—Deja tus cosas donde quieras, Elena —me dice Alessio mientras entramos al despacho. Una gran mesa central con una silla de escritorio, dos sillones y una estantería es todo lo que hay en él. Y, encima de la mesa, un ordenador, que es el que vamos a utilizar. Dejo mis cosas en el respaldo de uno de los sillones y acerco el otro para sentarme al lado de él. Me tiende papel y boli y comenzamos a investigar. Al cabo de unos minutos, viene la que supongo que es Florencia y trae una bandeja grande con dos platos llenos de filetes, patatas y ensalada, tapados con urna de cristal para que aguanten el calor. ¡Qué ricos!

—*Papà! Come mi sei mancata!*² —dice una niña en italiano, entrando en el despacho detrás de Florencia y tirándose a los brazos de Alessio. ¿Tiene una hija?

La niña tendrá cinco, seis años quizá. Es rubia, como Isabella, y tiene unos grandes ojos azules que en este momento están pendientes de mí.

—*Chi sei tu?*³ —me dice. Supongo que pregunta quién soy. No sé italiano. En mi instituto se estudiaban inglés y francés y esos son los idiomas que he perfeccionado en la edad adulta.

—*Daniela, per favore, parla spagnolo davanti agli ospiti.*⁴

—*Scusa, papà!*⁵ —dice la chiquilla y me tiende la mano. ¡La mano! Esta niña sabe más de protocolo que yo—. Hola, soy Daniela. Encantada de conocerte.

Le aprieto su manita y contesto sorprendida.

—Hola Daniela, yo soy Elena y trabajo con tu padre.

Ella asiente, dándole el visto bueno a mi explicación y se baja del regazo de Alessio. Es tan mona que no se puede aguantar.

—*Voglio dormire, papà*— Alessio le pone mala cara a su hija por hablar en italiano delante de mí y ella continúa en español— ¿vendrás luego a darme las buenas noches?

—Claro que sí, preciosa —Le contesta Alessio dándole un beso en su cabecita y la sonrisa le llega a los ojos.

Cuando Daniela se va con Florencia, él me ofrece agua, que acepto en silencio, porque me he quedado de piedra y no sé muy bien qué decir.

—¿Comprendes por qué te he hecho venir a mi casa y no nos hemos quedado en el despacho?

Pues ni lo había pensado, pero sí, claro que lo comprendo.

Asiento y nos ponemos a trabajar sin mediar ninguna palabra más sobre el tema, que es de mala educación cotillear.

Puede pasar una hora perfectamente cuando me dice que la cena se estará enfriando y que es mejor que paremos para comer como Dios manda. ¡Estoy de acuerdo!

Ya se ha hecho de noche. Estoy tentada de mirar la hora, pero me siento un poco cohibida. Aparto los folios y Alessio me pone uno de los platos delante, junto con los cubiertos, para que dé buena cuenta de él.

Yo, que soy muy mía para estas cosas, cojo la servilleta y me la tiendo en el regazo para no mancharme.

—¿Por qué viniste a trabajar a Martín&Escalante, Elena? —pregunta, queriendo sacar conversación.

—Pues ya ves... —mareo un poco la comida en el plato— necesitaba un cambio en mi vida. Cuando se hizo la fusión, e hicieron a Valeria responsable de personal, me informó que ibais a reactivar el área fiscal y supe que era el momento. Hice una entrevista y Fede me dijo que el puesto era mío si lo quería... Y aquí estoy.

—Me consta que Bernardo, Fede y Javier están muy contentos con tu trabajo, al igual que lo estoy yo —me mira inquisitivamente—. ¿No quieres volver a trabajar para la Administración algún día?

Él, como el resto de jefes, estaba al tanto de que antes era funcionaria. No sabían exactamente qué es lo que había motivado mis ganas de salir de allí, pero valoraban en suma la experiencia que aportaba a su empresa.

—Estoy de excedencia, por lo que siempre puedo volver... aunque, de momento, esto me está gustando mucho —sonríó sinceramente.

—La seguridad que te da ser funcionaria no es la misma que tienes aquí, en un despacho privado —insiste, ceñudo.

No tengo ni que pensar para contestarle.

—Lo sé. Pero no por ello deja de gustarme. Verás Alessio, todo cambió para mí cuando comprendí que esto no es solo una carrera profesional, es mi vida. ¿Sabes? Y he desperdiciado demasiado tiempo pensándola, cuando podría haberla vivido.

Me mira con interés y yo me ruborizo un poco.

—Me alegra mucho escuchar eso. Me tomo como misión personal que mis empleados estén contentos.

Asiento.

—Dicen que una empresa con trabajadores felices tiene el noventa por ciento ganado —le comento.

Levanta las cejas. Parece que le sorprende mi respuesta.

—Es una de las claves, sí —coincide—. También lo es el conseguir clientes fuertes, y esa es la otra mitad de mi cometido.

—Tú eres un gran jefe, Alessio —digo, sonrojándome un *pelín*.

—Realmente, lo que hace un buen jefe es cubrir las necesidades que observa en su empresa y yo soy un gran observador —bebe un poco de agua, sin apartar la vista de mí y yo sigo cohibida. No me destenso.

—Bueno... —carraspeo, limpiándome la boca con la servilleta de mi regazo. La doblo y la deposito en la bandeja— creo que deberíamos volver al trabajo, probablemente se esté haciendo tarde.

¡No lo sé, porque no tengo el reloj a mano! pero necesito eliminar la tensión que noto entre nosotros en este momento.

—¿Te espera alguien en casa, Elena?

Uff si él supiera cómo es mi vida amorosa, le daría penita. ¿Qué le contesto? La verdad.

—No, no salgo con nadie— me levanto y recojo los platos para dárselos a Florencia— me espera una cama... vacía —digo sin pensar.

—*Per favore*, Elena —me dice Alessio, rozando mi mano con intensidad para quitarme la bandeja— deja esto, yo me ocupo.

Se va y vuelve al cabo de pocos minutos. La cocina no estará muy lejos del despacho.

—¿Continuamos?

Nos ponemos a ello y en lo que me parece al menos una hora más, terminamos y Alessio se lo envía al cliente por e-mail.

—Vamos, te llevo a casa.

Cojo mis cosas para irme y él me agarra suavemente del brazo para conducirme hasta el coche.

—¿Ya habéis terminado? —escucho a Bella a nuestras espaldas. Va vestida con una bata blanca de seda. Parece recién salida de la ducha. Me fijo en lo guapa que es. Tiene una cara muy dulce, aunque su carácter diga lo contrario. Rubia, con el pelo largo, mirada profunda y un cuerpo con curvas. Se parece mucho a Alessio, en chica, claro. En cambio yo soy una morena, de ojos negros, con el pelo corto pero muy liso y con flequillo. Mi cuerpo no tiene tantas curvas, pero creo que lo tengo todo en su sitio. Estoy muy contenta conmigo misma.

—Sí, por suerte no nos ha llevado demasiado tiempo —contesto, mientras los dos hermanos se miran sin palabras y así se entienden. Es extraordinario. Solo he visto esa complicidad familiar entre Val y Olfó pero nunca he llegado a entenderla. Yo no tengo hermanos y no he llegado a alcanzar ese nivel de conexión con nadie. Supongo que porque las personas no solemos trabajar lo suficiente una relación como para ello.

—Muy bien —desvía la mirada hacia mí— no te olvides de pedirle que te pague las horas extras —sonríe tenue— nos vemos mañana, Elena.

—Qué descansas —le digo y me retiro. Qué rara es. Será una broma privada suya, porque no me entero.

Le doy mi dirección a Alessio, que la pone en el GPS y nos encaminamos hacia allí. Durante el trayecto en coche, me pregunta por mí y por mi familia. Le cuento que soy hija única, que mis padres son médicos y se conocieron durante la carrera, abrieron una clínica privada en Marbella y allí trabajan desde entonces, pero eso no fue obstáculo para que estuvieran conmigo durante mi infancia, sobre todo mi madre, que ha sido siempre mi ejemplo a seguir.

Cuando le pido que me cuente algo de él, con la esperanza de sacarle el tema de su hija y de

saber más, porque realmente me intriga, me dice que ya hemos llegado. Ni siquiera me había dado cuenta. Cuando me pongo a hablar, me quedo sola.

—Gracias por traerme, Alessio.

Voy a quitarme el cinturón pero hace amago de quitármelo él.

—Espera, que te ayudo. A veces cuesta desengancharlo —me dice, con su acentazo italiano, acercando su cara a la mía. Huelo su perfume a dos milímetros de distancia ¡madre mía! me está entrando taquicardia—. Está más duro de lo que parece —murmura, respirando el mismo aire que yo.

No me creo ni por un segundo que un coche como el suyo, con lo nuevo y lo tan último modelo que parece, tenga ese fallo. ¿Pero este qué quiere conmigo? *Jopelines*. Ya veréis.

—Listo —me desata, pero no se aparta de mí—. ¿Estás bien, Elena?

—Eh.. sí, claro que sí. Yo... —balbuceo un tanto aturdida.

Muy bien, Leni, muy sutil todo.

—Ya puedes bajar —comenta, medio riéndose. Pero no lo hago de inmediato—. ¿Te abro la puerta?

—No, no . Eh... ya puedo yo —comienzo a abrir la puerta y cuando el aire frío de la noche roza mi rostro, me espabilo. Me vuelvo hacía él—. Muchas gracias, has sido muy amable.

—Amable no es precisamente la palabra que me define, Elena.

Me quedo más parada que un mueble. ¿Pero qué está pasando?

—¿Y cuál es esa palabra, Aless? —Le pregunto sin tapujos.

Esboza una leve sonrisa.

—Todavía es pronto. No creo que estés preparada para saberla.

—Hace tiempo que estoy preparada para todo lo que venga, Alessio —le digo, sorprendiéndome a mí misma— y no soy tan inocente como parezco —no, que va, en absoluto... Ay madre, a ver dónde me estoy metiendo, ¡Qué es mi jefe!

El se ríe a carcajada limpia.

—Me encantará averiguar lo no tan inocente que eres...

Dios, qué subidón. Me río dejándolo atrás. Esto es lo que a mí me hace falta, ¡un poco de vidilla! Un hombre fácil, que me haga reír y con el que pueda hablar de todo. Una aventurita, me digo, riéndome de mí misma y de mis pensamientos.

Lo que menos pensaba en ese momento, es que ese sería el comienzo. Que Alessio era el pomo que abriría la puerta de mi corazón, que, no mucho tiempo después, por esa misma puerta entraría el amor de mi vida y que, a partir de ahí, todo mi mundo se iba a poner del revés.

Capítulo 2

ELENA

—Buenos días, Elena —escucho a mis espaldas y es Alessio quien me acaricia con sus palabras.

Me vuelvo con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Aless.

Me besa la mano en un *enchantée* y yo le hago una reverencia. ¡No puedo abandonar estos modales! Él se ríe y entra conmigo al despacho.

—¿Has descansado? —pregunta, y no sé por qué veo un doble sentido en todo lo que él me dice y en lo que yo le respondo...

—He dormido estupendamente. ¿Y tú?

—No me puedo quejar... he tenido un buen sueño.

—¿Ah, sí? ¿Qué has soñado?

—Mmm, Elena, mis sueños no son para todos los públicos... —me deja cortada—. ¿Cómo se plantea el día hoy?

—Pues... —me repongo— tengo que llamar a unos clientes y esta pila de expedientes que finalizar —señalo unas cincuenta carpetas encima de mi mesa. Sí, trabajo es lo único que no me falta.

—Perfecto. Diles a Micaela y a Robert que reserven la noche del viernes porque tenemos algo que celebrar.

—¿Qué? —me siento en mi silla— ¿el qué?

—Fabio me ha llamado esta mañana a primera hora, el contrato es nuestro —dice, sonriendo ampliamente.

—¿No me digas?

Me levanto como un resorte y lo abrazo feliz. La antigua Elena, que Dios la tenga en su gloria, se arrepentiría de sobrepasar la barrera de contacto, pero que pase a mejor vida porque yo ya no. No me arrepiento de nada en absoluto. Alessio me rodea también con sus brazos, dándome esa confianza y yo me aprovecho.

—¡Esto se me merece unas copitas!

—O una cena.

—O lo que surja.

—Bien visto. Algo se me ocurrirá. Te mantendré informada —me guiña un ojo y sale de la estancia.

Valeria se asoma a mi despacho en cuanto sale Aless.

—Nena, ¿a qué viene tanto alboroto?

—¡Tenemos el contrato!

—¡Andaaa! ¡Enhorabuena, Leni! —me abraza—. Oye, y ¿qué quería este ayer contigo?

¡Uffff, si ella supiera!

—Hablarle del cliente. Quería que le preparáramos un informe y tuvimos que quedarnos trabajando hasta tarde... en su casa.

—¿En su casa? —abre los ojos como platos—. Vaya... vaya. Qué interesante... —se pone la mano en la barbilla, como el emoticono del *WhatsApp* y yo me río. No sé si contarle que tiene una

hija, porque me da la impresión de que Alessio es muy protector de su privacidad, así que salto con otra pregunta.

—¿Y a ti qué te pasaba ayer? Que al final no me contaste.

Le cambia la cara y me cuenta.

—Nada, tía. ¡Oliver! —exclama, triste y enfadada—. Que tiene que irse a Madrid durante un mes.

—¿Y eso?

—Le han propuesto hacer de enlace entre equipos y buscar jugadores —cierra los ojos ofuscada y suspira—. Sabes que la vida profesional de un jugador de fútbol no es muy larga... esta es una oportunidad que no podía rechazar.

—Ay tía, jolines, vaya faena. Pero entonces es positivo para él, ¿no? es algo bueno —digo, sinceramente. Me da cosa por Valeria, pero Oliver me cae estupendamente y se merece todo lo que la vida le pueda dar. Además, sus padres y los míos son amigos del club y se llevan muy bien.

—Sí, y encima siento que no puedo ser egoísta. Él ha dado mucho por mí y yo debo apoyarlo en estos momentos.

—¿No lo puedes acompañar?

Val levanta una ceja.

—¿Tú ves a Fede dándome vacaciones?

Lo pienso bien.

—No, ni loco.

—Pues eso. No sé cómo voy a estar tanto tiempo sin él, Leni. Estoy muy acostumbrada a nuestra vida, a tenerlo todos los días conmigo.

—Estás *enganchaita perdía* —le digo, riéndome.

—Sí, estoy loquita por él, Ele, por eso quiero que la fiesta del sábado sea increíble, porque se va el domingo y se me va a hacer el tiempo muy, pero que muy largo.

—Lo será Val, no te preocupes —le aseguro, y no sé por qué, mi subconsciente me lleva a pensar en Nico y en la posibilidad de que ambos se acerquen en ausencia de Oli, pero rápidamente mi mente, que es muy sabia, destierra esa idea. Val está enamoradísima de Oli y Nico no es el tipo de persona que se aprovecharía de eso.

No... De ninguna manera, ¿verdad?

Valeria y yo quedamos esta misma tarde con Cris en el Milhojas, pero cuando llegamos no nos ha pedido las cervecitas ni la pipa. Está sentada con una infusión, mirando al aire.

—Cris, ¿qué pasa?

—Tía, ¡estás muy rara!

Ambas estamos expectante, a ver qué cuenta. Ella nos mira, pone una sonrisa de oreja a oreja y se pronuncia sin rodeos.

—¡Estoy embarazada, chicas! ¡por fin!

Nos quedamos de piedra y comenzamos a reaccionar.

—¡Oleeee, Cris, qué alegría más grande!

—¡Que vamos a ser titas!

—¡No me lo puedo creer!

Cris nos cuenta todo sobre cómo se enteró de la maternidad, los síntomas que ha ido experimentando y que se lo ha tenido muy callado porque quería que el primero en enterarse fuera Arturo.

—¡Madre mía, qué emoción!

Esta tarde se la dedicamos por completo a ella y a su noticia, olvidándonos de las nuestras.

Capítulo 3

ELENA

El viernes salimos del trabajo y nos vamos a tomar algo, al bar que hay cerca de la oficina, Micaela, Robert, Alessio y yo.

Bella se despide de nosotros, no sin antes echarme una última mirada suspicaz.

—¿Bella no viene? —le pregunto a Aless, caminando a su lado. Mica y Robert van delante de nosotros.

—No, hoy se queda con Dani. El domingo vuelve a Roma y quiere pasar tiempo con ella.

—Estáis muy unidos, ¿verdad?

Asiente.

—Mi hermana ha sido mi tabla de salvación en muchos sentidos.

—¿Y la madre de Dani, dónde está?

Pone cara de no querer hablar del asunto y yo me encojo un poco por haber preguntado.

—Mi mujer falleció hace dos años.

—Lo siento mucho, Aless. ¿Qué ocurrió?

—No quiero hablar de ello, Elena, y no insistas —me dice tajante. He tocado una fibra sensible.

—Lo siento —me disculpo e intento cambiar de tema—¿Qué haces cuando no estás en el despacho? Esta es la primera vez que sales con nosotros.

—Estar con mi hija —dice, escueto.

Está claro que no quiere que siga interrogándolo. Voy a callarme, pero no sin antes preguntar.

—¿Me contarás alguna vez tu historia?

—Hay cosas que deben quedarse enterradas dónde están, Elena.

Estoy tan absorta en sus palabras que no miro por dónde voy y me tropiezo. Casi salgo despedida cuando unos brazos fuertes me agarran. Son los suyos.

—¡Mecachis! —lo miro a los ojos, un poco fastidiada.

Se ríe.

—¿Qué significa *mecachis*?

—Es como un “joder” —susurro— pero bonito.

—¿Nunca dices tacos?

—No, claro que no. Eso es de mala educación.

—Eres todo un ejemplo a seguir —se burla.

Lo pasamos genial durante las copas, me río hasta que me duele la barriga. No conocía esta faceta de Alessio, es muy divertido, nos cuenta algunas historias de su despacho en Roma y casi parece accesible. Nos dice que la gente no se da cuenta de todo lo que puede llegar a saber él sin ni siquiera participar en una conversación, solo observando, y no me cabe duda de que sabe mucho más de lo que dice, también de nuestro despacho.

Cuando terminamos, porque ya es hora de cenar, nos levantamos para irnos a casa. Yo me he bebido dos copas, así que voy a pedir un taxi pero él me para.

—¿Dónde vas? —me pregunta— aún no he acabado contigo, encanto.

—¿Cómo? —me quedo prendada de él— no vas a conseguir nada conmigo, Alessio, eres mi jefe —replico. ¡Qué espabilada me estoy volviendo!

—Me gustan los retos. Ven —me coge de la mano— he reservado mesa en un restaurante.

—¿Tan seguro estabas de que te iba a decir que sí?

—Tengo mucha confianza en mí mismo, Elena. Deberías saberlo ya.

Pffff. Me da unas contestaciones que me dejan *baldaíta*.

Me lleva a un restaurante italiano, no muy lejos del despacho. Su conversación es fluida y nos estamos divirtiendo mucho. No deja de coquetear conmigo durante toda la cena y yo me siento muy alagada. Que un hombre así se interese por mí... ¡madre mía! Hace que me recorra una ráfaga de deseo.

A la salida del restaurante, pedimos un taxi que me lleva primero a mi casa, ya se sabe la dirección y se la da al taxista. Durante el trayecto, me coge la mano y acaricia mi muñeca con su pulgar en un gesto íntimo. Estoy tentada de saltar sobre él. Ahora mismo me apetece muchísimo besarlo. Bendito autocontrol.

Salgo del taxi y él lo hace conmigo para acompañarme a la puerta del portal.

—Tienes demasiada clase como para tirarte a mi cuello, aunque sé que lo estás deseando —me dice con mirada felina.

Me envalentono por las copitas que llevo y el vino que ambos hemos tomado durante la cena.

—Creo recordar que fuiste informado de yo no era tan inocente...

—Y yo recuerdo que estaba deseando comprobarlo...

¡Vamos, Leni! No te cortes ahora.

—Quédate.

Me mira, me remira y desgasta, sopesando mi cara y lo que puede ocurrir.

—No debería hacerlo... —pero asiente— aunque sé que me arrepentiría si me fuera esta noche y no volvieras a pedírmelo.

—Entonces, quédate —le digo de nuevo y me acerco a darle un corto beso. Un beso que hace que mi sangre hierva por la anticipación.

Con que no iba a conseguir nada conmigo... si antes lo digo, antes pasa. Se me está yendo la cabeza. Yo no soy una persona impulsiva, siempre pienso mucho en lo que digo y en cómo actúo, pero en este momento no sé qué pensar, me muevo por inercia, y me gusta y me asusta a partes iguales.

Él esboza una sonrisa pícaro antes de volver sobre sus pasos para pagar al taxista.

Mi corazón late a mil por hora y comienzo a estar bastante nerviosa. Desde que lo dejé con Juan, no he estado con nadie. Bueno, mucho antes de dejarlo ya no teníamos relaciones sexuales porque, al final de la relación, a mí me causaba un poco de rechazo. Por eso, aunque estoy contenta con mi cuerpo, me da miedo mostrárselo a alguien nuevo. Desnudarme delante de una persona que nunca me ha visto así, tan vulnerable, hace que me sienta un poco incómoda.

Sin embargo, cuando Alessio vuelve y, de una zancada, ocupa el espacio entre nosotros, me rodea con sus brazos y busca mi boca desesperado, dejo de pensar y le devuelvo con avidez todo lo que me está dando.

Lo guio hacia mi dormitorio mientras él me susurra algunas palabras que no entiendo en italiano. Se sienta en la cama, dejándome de pie en el centro de la habitación y me provoca.

—Desnúdate, Elena.

—Alessio... —dudo.

—Hazlo, ahora.

Jope, ¡qué punzada me acaba de dar mi sexo!

Voy desnudándome, poco a poco, hasta quedarme en ropa interior.

—¿Te gusta lo que ves? —Él solo se ha quitado la chaqueta, pero yo ya sé que me gusta.

Me repasa el cuerpo entero y se queda con la vista fija en el tatuaje de infinito que tengo muy cerquita de mi centro, pero no me dice nada al respecto.

—Eres preciosa, Elena —Y, esa afirmación, me da la seguridad que me falta.

Me tiende la mano para que vaya hacía él y me tumba en la cama. Comienza a besarme el cuello y a bajarme los tirantes del sujetador. Muerde mis pezones con impaciencia y noto su dureza entre mis piernas. Sigue bajando, dejando un reguero de besos por todo mi cuerpo, por encima de mis braguitas de seda y por la cara interna de mis muslos. Menos mal que siempre llevo la lencería conjuntada. ¡Qué vergüenza, por Dios! No paro de sonrojarme con todo lo que me hace.

Me baja las braguitas y comienza a besarme ahí abajo, y a lamerme enterita. ¡Qué locura! Mete primero un dedo y lo mueve. Al cabo de unos minutos mete dos. ¿Estaré muy mojada? Ufff. Solo sé que siento una sensación abrumadora, que se va formando en mi vientre un nudo de sensaciones y, cuando combina los dedos con los lametones, me corro, dejando que la bruma del deseo y la satisfacción me atrapen completamente.

Con Juan las cosas eran sutiles, había poca pasión por ambas partes y yo siempre pensaba que no quería pasar el resto de mi vida así. Menos mal que hice caso a mi intuición. No me hubiera perdonado negarle a mi cuerpo este placer.

Alessio se quita la ropa, ¡por fin! Y termina de desnudarse mientras yo me recupero. Para provocarlo yo a él, me toco. Sí, soy tímida, clásica y elegante, pero no en la cama. En la cama me gusta tocarme porque con la penetración solo nunca llego.

Paso las manos por mis pechos, mis muslos y mi clítoris y el siguiente orgasmo viene seguido. Él está flipando.

—No sabes cómo me acabas de poner, Elena.

Pues igualito que yo, espero. ¡Que me tiemblan las piernas! Esta soy yo. La Elena divertida, un poco alocada, la Leni que planta cara y se arma de valor cuando quiere algo. La que no renuncia a nada y, mucho menos, a ella misma.

—Hacía demasiado tiempo que no hacía esto, Aless.

Y pensar en todo lo que me estaba perdiendo...

—¿Cuánto? —me pregunta, tumbándose encima de mi, ya con el condón puesto.

—Mucho.

—¿Cuánto, Elena?

—Dos años, al menos —le explico con vergüenza. Toda la que no he tenido antes.

Me penetra certeramente sin darme tregua.

—Parece mentira que no lo hagas más a menudo. Se te ve en tu salsa.

—Eres tú quien me pone así.

Sigue estocada tras estocada, dándome vida. Moviéndose dentro de mí. Me produce placer, pero sé que no me voy a correr. Siempre me pasa lo mismo.

Le agarro de los hombros para profundizar más la penetración y se vuelve loco.

Continúa fuerte, rápido y le aprieto el culo cuando se vacía en el preservativo.

—Ha sido increíble —comenta, mientras su respiración se ralentiza.

—Ha sido la hostia —contesto yo sin pensar.

—¿Eso es un taco?

Me río. Me río con muchas ganas.

El miedo a salir de mi zona de confort siempre se ha llevado lo mejor de mí. He vivido durante mucho tiempo atrapada por el miedo a lo desconocido. A abrirme a alguien que no sea Juan, incluso cuando él no me hacía feliz. Menos mal que me decidí y que hoy he dado el paso porque, lo que me ha costado tanto tiempo superar, estando aquí tumbada, con un hombre como Alessio a mi lado, ya no me preocupa. No me preocupa en lo más mínimo porque por fin entiendo que debo concederme la oportunidad de explorar, de ir más allá de mis fronteras y aprovechar las oportunidades que me aguardan.

Cuando Alessio se queda dormido, y sin importarme la hora que es, bebo un poco de agua, que estoy exhausta y les mando un mensaje a mis chicas.

—*Val. Cris. hay un hombre en mi cama.*

—*Qué tipo de hombre —contesta rápida Cris.*

—*queremos una descripción —dice Val.*

—*mejor envía foto.*

—*pero, ¿en tu cama, cama?*

—*nos han cambiado a nuestra Leni.*

—*Y eso que ella era la razonable del grupo, se está espabilando.*

—*Tías, no puedo dormir por las náuseas.*

—*Tú por lo menos tienes la excusa del gremlin (como Cris ha apodado a su propio niño o niña) yo echo de menos a mi novio.*

—*Disfruta de la tranquilidad, petarda.*

—*Chicas, es Alessio y se está despertando. Luego os cuento* —les replico, menudas dos arpías que tengo por amigas.

Mi móvil echa humo, seguro que aprovechan para seguir charlando hasta que se duerman, así que lo pongo en silencio, lo dejo en la mesita de noche y me giro, apoyando la cabeza sobre mi codo.

—¿Cómo estás? —me acaricia el brazo con ternura.

—Muy bien ¿y tú?

—Yo siempre estoy genial, Elena —sonríe, pero no sé por qué me parece que eso no es verdad— ¿Con quién hablabas?

—Ehh. Con nadie.

—Ya...

—No sabía que te habías fijado en mí —comento mirándolo a los ojos.

—Elena, por favor, te habría visto aunque fuera ciego. Tú eres de esa clase de chicas que llama la atención.

—¿Eso es un cumplido? —levanto las cejas.

—Tienes belleza y estilo. No pasas desapercibida. Yo diría que sí, es un cumplido.

No me extraña que me vea así porque es lo que todo el mundo ve a simple vista. Me decepciona un poco. Esperaba que él hubiera visto algo más. Apoyo de nuevo la cabeza en la

almohada y él se tumba sobre mí.

—¿Qué ocurre, Elena?

—Nada.

—Dímelo.

—Es solo... Yo no me siento así en absoluto, ¿sabes?

—¿Cómo te ves tú?

Me encojo de hombros.

—Sencilla.

Se ríe.

—Eres de todo menos sencilla —me besa.

—Y tú, Aless —centro la atención en él— ¿quién eres tú?

—El amor de tu vida. Al menos esta noche, ¿no?

Me río a carcajadas.

—Vale, Casanova. Tranquilito.

Ambos nos reímos.

—¿Sabes, *cara mía*? Haces que sea muy fácil.

—¿El qué?

—Centrarse solamente en ti y... no pensar.

Lo beso yo esta vez.

—No digas tonterías —me río, quitándole importancia al peso de sus palabras— Ya sé cual es la palabra que te define.

—Ilumíname.

—Adulador.

—Resaltar las cualidades de la gente me ayuda a conseguir lo que quiero, sí.

—¿Y qué quieres, Alessio?

—¿Ahora mismo? Repetir lo de antes.

Me besa y me nubla. Me gusta Alessio. Me hace reír. Es atento conmigo y generoso en la cama. Es todo lo que una chica puede pedir. Excepto que no es Nico y para esta chica en concreto, ese es un punto muy importante.

Capítulo 4

NICO

Un año. Un puto año desde que destrozara mi vida y todavía no la perdono. No puedo. Pero qué bien finjo. Porque, aunque es una chica, tiene los santos cojones de invitarme al cumpleaños

del niño. ¡Hay que joderse, pero bien!

Las pocas veces que él ha salido con la pandilla, la tensión entre nosotros era insoportable. He tenido que sacar fuerzas de donde no las tenía para no iniciar una pelea. Porque estar con Valeria en una habitación, puedo, no me preocupa, pero eso es algo muy distinto a aguantar besos, caricias y arrumacos de la “parejita del momento”. Y porque el niño se trae a sus amigos del equipo cuando salimos y así puede desmarcarse de nosotros, estando cerca pero lejos. Toda una puta noche, no lo aguantaría. Creo que le saltaría encima, casi con toda seguridad.

Menos mal que tengo mi trabajo como arquitecto, en el que estoy volcado, y que he vuelto a echar una mano en la cafetería de vez en cuando. Procuero trabajar sin descanso para que no me quede tiempo ni para pensar. Porque quererla así, después de todo, después de que me dejara por otro y de que esté con ese otro en mi puta cara cuando quedamos, da un miedo que te cagas.

Lo que no sabe, es que siempre que la veo vuelvo a enamorarme un poco de ella, que me tiene condenado. Y, como no lo sabe, me sigue haciendo daño. La quiero tanto... que la odio más por haber estropeado la mejor historia de mi vida.

Sí. Ya os digo. Finjo de puta madre.

¿Qué iba a hacer? ¿perder a mis amigos? ¿iba a alejarme de ellos cuando a Valeria se le ocurriera quedar con Olfó? ¿iba a quedarme solo y amargado? No. Ni de coña. Pero me lo he tenido que tragar.

Me he tragado mi vida de antes y la he borrado del mapa. Me he tragado la sonrisa risueña que ponía cuando estaba conmigo y que ya no existe. Sus ganas de dárme todo y hacerme vibrar. Joder, hacerme vivir.

Y, al final, lo que estoy perdiendo es la puta cabeza.

Porque yo lo quería todo con ella y, a un sentimiento así, no se le puede poner nombre. Eso hay que vivirlo.

No puedo decir que no haya quedado con nadie durante este año. Estaría mintiendo. He seguido viendo a Mónica y a unas cuantas más. No soy un cabrón, no, si es lo que estáis pensando. Todas las chicas que entran en mi vida saben lo que hay y lo aceptan. A todas les vale porque ellas quieren lo mismo. Si alguna no lo quiere, le advierto que se vaya por donde ha venido. Es mi tarjeta de presentación. Lo tengo escrito en piedra, justo donde debería estar mi corazón.

Y, como finjo tan, pero tan bien, acepto la invitación a la fiesta del niño. Va a ir toda la pandilla.

Llego al *Copa* 's puntual, pero Olfó ya está allí con María y Andrés. El resto están dentro.

—¿Qué hacéis en la puerta, mamonazos? —saludo a los tíos con un abrazo y le doy un beso a María en mejilla.

—Esperando a los anfitriones, que tengo que hablar con Val.

—¿Y eso? ¿qué ocurre?

—Nada tío, que llevo notándola rara unos días y no sé qué le pasa. Me tiene mosqueado.

—Será cualquier cosa —replica Andrés— eres demasiado protector Olfó. No sé cómo tu prima no se cansa.

—Verás la que le espera a mi pobre Nerea —se lamenta María.

Y en discutir eso estamos cuando llega Valeria, sola, y nos sonrío dándonos besos. Yo también sonrío porque me alegro de verla, pero luego lo recuerdo todo y joder, respirar se vuelve muy difícil.

Se acerca a mí, y me quedo un minuto aspirando su aroma pero no sé si se da cuenta porque, cuando se separa, es cierto que tiene mala cara.

—¿Qué pasa primita? ¿dónde está tu otra mitad?

—Aparcando —contesta cansada.
—Pero, ¿tiene edad para conducir ya? —se burla Olfo, que me lanza una mirada cómplice.
Cómo quiero a ese cabrón.
—Olfo, no seas capullo —le dice María, mimando a Valeria.
—Buenooo, tranquilitos todos, que solo quiero saber si hay problemas en el paraíso.
Joder, soy un cabrón, pero espero que sí.
Ella niega con la cabeza y le da un amago de puñetazo en el brazo.
—¿Desde cuándo eres tan gilipollas? —dice Valeria, verdaderamente enfadada.
—Chicos, no empecéis, por favor —les pide Andrés— sois como niños.
—Les encanta picarse —dice María sonriendo.
—Anda ven, enana. Mientras viene tu media naranja, quiero hablar contigo —él la rodea con un brazo y Valeria lo coge por la cintura— ¡Id entrando! nos dice Olfo mientras se alejan un poco de nosotros y yo me quedo con las ganas de saber qué pasa, pero él me guiña un ojo, como que ya me lo contará. choco los cinco mentalmente con mi mejor amigo y entramos.
Me tomo una copa con los chicos y me entero de que Andrés le ha pedido matrimonio a Lola. Otros que van a pasar por el altar. Solo faltan Jaime y Teo. Me voy a quedar solo y a lo mejor me lo merezco. Soy un borde últimamente con todo el mundo. Necesito salir a que me dé el puto aire.

ELENA

Alessio se fue esta mañana de mi casa, después de tomarse un café, no sin antes repetir lo de anoche. No entiendo cómo llegamos a ese punto, pero intento no pensarlo porque no quiero arrepentirme. La nueva Leni no es de las que se arrepienten por hacer lo que pida el cuerpo.

Llego a la fiesta de Oliver un poco emocionada porque voy a ver a Nico. Valeria me dijo que lo había invitado y a él, evidentemente, le falta tiempo para venir. La sigue adorando y quiere verla feliz, supongo, porque sino, son ganas de torturarse sin motivo.

Suspiro.

¿Habéis tenido alguna vez un amor platónico? ¿Alguien que hace que el estómago te dé un vuelco cuando lo ves, pero que ni siquiera se fija en ti? Sé que es difícil de comprender, que no se puede estar enamorada de alguien sin que esa persona te haya dado un mínimo de esperanza, de reciprocidad. Y probablemente tengáis razón, pero lo primero que he dicho es que estoy un poco loquita, ¿no?

Pues eso. ¡Viva el autoengaño!

Mi corazón se acelera cuando lo veo fuera, apoyado en la pared. Parece pensativo. Lleva unos chinos negros y una camisa azulona remangada hasta los codos. Qué guapo es, leche.

—Nico —su nombre se desliza por mis labios y entre mi lengua dulcemente. Suena a música — ¿qué haces aquí? ¿cómo es que no estás dentro?

Lo saludo sin darle dos besos porque no hace el amago de acercarse. Ni se inmuta cuando me ve.

—Estoy esperando a que vuelvan Olfo y Valeria, han ido a charlar un momento.

—Estos dos siempre con sus intrigas —me río— ¿qué tal te va todo?

Me mira de arriba a bajo, como percibiéndome por primera vez y yo me ruborizo. Llevo un vestido negro con vuelo, mangas de tirantes y una chaqueta finita porque, aunque estamos en verano, por las noches refresca. Tengo un bolso de mano rojo, a conjunto con mis tacones y mis labios y me he dejado el pelo liso suelto, como siempre.

—Bien... todo lo bien que puedo estar, Elena.

Lo miro triste. Parece que está a años luz de aquí.

—¿Todavía, eh? —pregunto, pero no porque quiera traerle recuerdos ni nada por el estilo sino porque me preocupo por él. Despierta en mí ternura y atracción y no sé cómo gestionar esas emociones.

Él ladea la cabeza entornando los ojos y creo que cabreado.

—¿Te doy pena, Elena? —no sé cómo ha podido sacar esa conclusión. Nada más lejos de la realidad.

—Pena es el último sentimiento que siento hacia ti —le digo, sincera.

Se hace un silencio intenso, mientras él sopesa mis palabras, hasta que lo rompe.

—Todavía —responde a mi anterior pregunta, cabizbajo. Daría lo que no tengo por saber qué pensamientos rondan en su cabeza.

—Yo apostaba por ti —le digo y, en el mismo momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento.

Él hace una mueca de dolor y a mí se me encoge el estómago en el instante en que vuelvo a ser consciente de que Nico nunca va a olvidar a Valeria.

Es mi amiga y la quiero, pero me gustaría que no fuera siempre la protagonista de la historia. Aunque es tan guapa, por fuera y por dentro, que supongo que es inevitable. Todo el mundo me dice que yo soy preciosa y sé que no estoy mal, pero si me comparas con ella, bueno... también todo el mundo ve la diferencia.

Menudo golpe de realidad, cuando en mi imaginación ya estaríamos casados y con churumbeles.

Nico se separa de la pared, acercándose a mí hasta que está cerca de mi oído.

—No hagas apuestas que no puedes ganar, Elena.

Su aliento recorre mi cuello y me estremezco.

—Perdona, Nico, no quería decir eso —hago mi mejor caída de ojos y le sonrío, esperando que me perdone.

Él mueve la cabeza, cerca de mi cara, quitándole importancia.

—¿Por qué estás siempre sonriendo? —esa pregunta me pilla totalmente desprevenida.

Me encojo de hombros.

—Soy feliz.

No puedo contestar de otra forma. Tengo a mi familia, mis amigas, un buen trabajo, salud. ¿Qué más puedo pedir? Bueno, mi felicidad aumentaría exponencialmente si él estuviera conmigo, pero no vamos a ser egoístas... aunque por pedir que no quede. ¡Universo, toma nota!

—Buena respuesta, chispitas —me dice y yo me río.

—Chispitas, ¿eh?

Lo miro muy de cerca, parándome un segundo a verlo con claridad y me fijo en las arruguitas que le salen alrededor de los ojos cuando sonrío. Últimamente no lo hace mucho. Me gustaría que lo hiciera más y que fuera yo el motivo de su risa.

—¿Entras? —me pregunta.

—Enseguida. En un minuto.

Sabiendo que mi amiga no está dentro aún, necesito tomar aire y quitarle intensidad a este momento.

—Nos vemos dentro.

Asiento, sonriendo. ¿Qué acaba de pasar? Ufff. Lo primero que se me viene a la cabeza no es una respuesta lógica, ni una cosa, ni una sensación. Lo primero que aparece en mi mente es mi ex

novio.

Juan.

Recuerdo exactamente el día en que supe que él no era la persona que me haría feliz. Mi persona. Porque no me llenaba, no me ilusionaba, ya no hacía que mi cuerpo vibrara. La vida con él era monótona, simple, incompleta. Y yo quería más. Necesitaba más.

El momento en que me dí cuenta, en que me dije a mí misma que eso no podía continuar, fue cuando me pidió que viviéramos juntos. Me lo pensé mucho. Eso marcaría un antes y un después en nuestra relación pero, claro, después de diez años era eso o romper y yo, lógicamente, rompí con él.

Ese día, Juan me dijo: *estamos juntos. Si quieres dejarlo tendrás que hacerlo tú porque yo no puedo.*

Y lo hice.

Me fui.

Sin echar la vista atrás, con mis sentimientos en una mano y mis recuerdos en la otra. Me fui porque era lo mejor para él y para mí. Porque sé que él sentía, como yo, que nuestra vida era fría, una imagen congelada de lo que alguna vez fuimos pero ya nunca volveríamos a ser, y porque él también se merecía vivir una vida plena y no la iba a tener conmigo. Me fui porque, si no me iba en ese momento, sabía que no iba a ser capaz de irme nunca.

¿Me arrepiento? Jamás.

Bueno, miento, que me pilláis en todas.

Alguna vez lo he hecho. He querido volver a ser lo que fuimos pero sintiendo diferente. Más profundo. Poniéndole otro rostro. Otro nombre. Otra piel. Porque, al final, es de eso de lo que estamos hechos. De piel, de sentimientos. Y lo míos iban en una dirección muy diferente.

Incluso tiempo después, mi madre todavía me decía: *Lena, un chico de buena familia, tenías que haberle dicho que sí y ahora ya tendría nietos.* Y yo siempre estaba dudando, de todo, de mí, de él, de la decisión que había tomado, pero le contestaba, más para mí que para ella, que tenía que estar con alguien que moviera mi mundo, y en ello sigo. Buscando.

Sin embargo, antes de entrar al *Copa's* y dejarme llevar, de ver hacía dónde me llevan los pasos dados con Alessio o el rumbo que toma mi relación con Nico, siento la necesidad de hacer una llamada. De reconciliarme con mi pasado.

El teléfono da dos tonos y una voz, siempre cálida, me recibe.

—Hola, gordi.

—Juan —me río—, ¿por qué sigues llamándome así?

—Tú siempre serás mi gordi, Elena, y yo tu boqueroncito malagueño.

Sí, éramos unos cursis. Yo lo sigo siendo.

—Perdóname Juan, no he sabido quererte bien.

El silencio se hace en la línea. No esperaba que lo llamara para decirle eso.

—Yo creo que sí lo hiciste, por eso precisamente me dejaste, querías que fuera feliz y no podía hacerme feliz alguien que no lo era conmigo, igual que yo no podía hacerte feliz a ti.

Sonrí. Habíamos invertido tanto tiempo en la relación, me conocía tan bien, que quería que funcionara, pero no pude seguir engañándome a mí misma, por eso lo dejé.

—Siempre has sido un sabio.

—Lo sé, pero como no me quieres... tú te lo pierdes.

Me río a carcajadas.

—¡Claro que te quiero! Diez años no se olvidan tan fácilmente. Pero no te quiero como tú merecías que lo hiciera.

—Lo sé, siempre te he amado yo más a ti que tu a mí, pero no pasa nada. Ahora tengo a alguien que me entiende mejor que yo mismo.

—¿No me digas?

—Te daría miedo —se ríe y sé que se está pasando una mano por la frente—. Es lista, preciosa y me lee en un instante. Es perfecta, Elena.

—No sabes cuánto me alegro. Te mereces lo mejor.

—Siempre lo he tenido.

Sonreímos a través de la línea y sé que, definitivamente, puedo quedarme tranquila.

—¿Sabes que estaré aquí cuando me necesites, verdad?

—Tengo la certeza absoluta. Igual que yo también estaré a tu lado siempre.

—Adiós, boqueroncito.

—Adiós, gordi.

Cuelgo, sintiéndome lista para lo que venga.

Entremos.

Contengo la respiración ante la opulencia con la que está todo decorado. El *Copa's* parece otro lugar y no nuestra discoteca de siempre. Hay dos pancartas con el típico “felicidades, Oliver”, globos por todas partes, un catering, bandejas con champán... Con que una fiesta íntima. ¡Claro que sí!

En una zona de sillones, que normalmente son los reservados, me encuentro con la pandilla, donde también está Nico, y los saludo. Cerca de la barra están los jugadores del equipo de Oliver. Este aun no ha llegado. Me pido una copa mientras tanto.

Olfo entra por la puerta y Valeria va detrás, cogiéndole de la mano.

Me quedo embelesada al ver la complicidad que tiene Val con su primo. Vienen hacia nosotros, mirándose entre ellos, y es como si estuviesen manteniendo una conversación mental.

—Acabas acostumbrándote —me asegura María, que está tan pendiente de ellos como yo. Adoro a mi amiga y soy muy feliz por ver todo lo que ha construido.

—¡Leni! —me da un abrazo al llegar hasta mí y yo se lo devuelvo— ¡qué bien que estés aquí! Tienes que contarme todo sobre Alessio.

—Solo te voy a decir una palabra, Val: ¡impresionante! —nos reímos, felices— ¿Dónde está Oli?

—Le he dicho que se espere a que estemos todos para entrar.

—Qué peliculera eres, tía.

—Esa eres tú —me saca la lengua— pero quiero que todo salga perfecto.

—Saldrá genial, ya verás. El local está ideal.

—Que tú digas eso me reconforta mucho, Ele. No sabía si me estaba pasando un poco.

—Te habrás gastado un dinerito, tía, pero a Oli le va a encantar.

—Te he pedido una copa —le dice Nico a Valeria, acercándose a nosotras.

—¿Vodka con lima y *seven up*?

—Por supuesto.

Se sonríen durante unos segundos más de los que me gustaría y me siento una *sujetavelas*. Pues qué bien empezamos.

Cuando Oliver entra, se lleva una sorpresa tremenda. Todos comenzamos a cantarle el cumpleaños feliz y él se acerca a besar a Valeria. Luego comienza a saludar a todo el mundo. Nico y yo somos los únicos descolgados de la fiesta. Olfo está con María, Teo con Jaime, Lola con Andrés, Luis con Eli y Nico conmigo. Bueno, en mis sueños. Él seguramente diría que está “atrapado” conmigo. Ojalá eso fuera una posibilidad.

Oli coge una copa de champán para brindar.

—Gracias a todos por venir, sois casa. ¡Por muchos años más!

Y con eso lo dice todo. El resto cogemos también las copas haciendo un brindis en el aire mientras me fijo en cómo Valeria lo mira de arriba a abajo.

—Ven conmigo un momento, Oli.

—Sí, señora.

Él se va detrás de Valeria y me parecen adorables. Mientras ella tira de su brazo, Oliver nos dice:

—¡Voy a que me den mi regalo! ¡ahora volvemos!

Y no podemos más que reírnos ante su ocurrencia.

Todos menos Nico.

La rabia lo está consumiendo, o tal vez sea el dolor. Es increíble lo a menudo que se confunden esos sentimientos.

Me acerco a él, envalentonada como nunca, me siento a su lado en el reposabrazos del sillón y le pongo una mano sobre el hombro, que hace que se me suba la sangre a la cabeza.

—No dejes que tu pasado arruine tu futuro, Nico. No sería justo.

Él me mira, desviando la vista del punto por el que Oliver y Valeria han desaparecido. Su cara vuelve a hacer una mueca.

—No sabes de lo que hablas.

—Lo sé mejor de lo que me gustaría.

Nos quedamos en silencio. No sé por qué me meto en estos líos cuando calladita estoy más guapa. Y, sobre todo, más tranquila. Pero Nico me importa mucho y no quiero que esté triste, incluso aunque quien lo haga feliz no sea yo.

—Creo que aun no la he perdonado —me sorprende diciendo.

—Lo sé.

—Me va a llevar un tiempo.

—Lo entiendo pero, el día que lo hagas, verás que ha merecido la pena.

—Nadie me querrá de nuevo Elena. Estoy roto.

Tiene la mirada de un hombre atormentado por sus recuerdos y me quedo clavada en el asiento. En ese momento me parece inalcanzable.

—¿Cómo puedes no darte cuenta? —casi susurro.

—¿A qué te refieres?

¿Cómo puede no darse cuenta de que es un chico estupendo, que vale millones y que cualquier mujer que se precie querría estar con él? Yo, entre ellas. Muevo la cabeza.

—Nada, déjalo.

Me mira con los ojos entrecerrados pero no me vuelve a sacar el tema. No me puedo creer que piense así. Esa forma de percibirse, de sentirse, no le encaja para nada y me hace pensar...

¿no se estará engañando a sí mismo?

¿No nos estaremos, en el fondo, engañando todos?

Capítulo 5

NICO

El domingo salgo de la cafetería y me voy directo a casa de Olfo para ver a mi ahijada. Mi pequeña valiente ya tiene un año y medio y está empezando a hacer unas monerías muy ridículas. Es la única mujer que me hace reír con ganas.

Olfo me pasa una cerveza y nos sentamos en el sofá.

—¿Qué le pasaba a Valeria ayer? —indago.

—Nada grave, que Oliver se va un mes a Madrid.

Todo mi cuerpo se acelera.

—¿No me jodas? ¿el niño la deja sola? ¿por qué?

Olfo se encoge de hombros.

—Lo han mandado a buscar jugadores o algo así —joder ¿cómo puede dejarla sola?—. Conozco esa cara. Tu mente de arquitecto está encajando piezas. Nico, no te lées.

—No, no. Claro que no. ¿Qué crees que voy a hacer?

—Por tu bien, espero que nada.

—Que no, tranquilo, colega. Ya tuve suficiente —y sabe muy bien a lo que me refiero. Él ha estado conmigo todo el camino—¿Cuándo se va?

—Hoy. De hecho... —mira su reloj— hará una hora más o menos que tenía que coger el avión. Joder, tío, verás la que me espera. No tengo suficiente con cuidar a una niña que ahora voy a tener que hacerlo de dos.

—¿Tan mal se lo ha tomado Valeria?

—¿Mal? Está echa polvo —hace un gesto con la boca porque no sabe si callar o continuar—. No debería contártelo, pero me llamó hace un rato, llorando. Tiene un engancho que flipas.

Y, esa afirmación, me desgarró el alma. Está muy enamorada y a mí me ha costado mucho

tiempo entenderlo.

—¿Vas a ir a verla? —pregunto.

—Hoy no. Me ha dicho que la deje un poco tranquila. Mañana por la tarde me pasaré sin falta.

—Seguro que mañana estará mejor —dice María— tampoco hay que agobiarla.

—Nerea —dice Olfo mirando a su hija— tú no crezcas nunca.

—Tienes que afrontar que tu hija tendrá novios, tío.

—Ni de coña.

—¿Cómo que no? —replica María— tendrá los que ella quiera y cuando ella quiera, que para eso es libre igual que lo fuimos tú y yo Rodolfo.

—Buenooo —me río. Cuando alguien dice el nombre completo de Olfo, se puede liar y mucho—. Yo no me preocuparía por Nerea, mi ahijada será mucho mejor que nosotros, tío. Conseguirá todo lo que se proponga y estaremos ahí para ayudarla. —cambio de tema—. Oye, mis padres quieren hacer un almuerzo la semana que viene en su casa.

—Genial, ¡me encantan esos almuerzos! —comenta María, feliz— ¿Por qué no invitas a Elena?

¿Cómo? ¿De dónde ha salido eso?

—¿A Elena? ¿para qué?

—Es de la pandilla. Además, ella ha pasado por lo mismo que tú.

—Ella fue la que dejó a su novio —les digo, suspicaz— no se parece en nada a lo mío.

—Pensaba que os llevabais bien, ayer se os veía muy juntitos —comenta Olfo, que cruza una mirada con María. ¿Qué estarán tramando estos dos? ¿juntarme con Elena?

—¿Te fijaste en ella? Estaba súper guapa —dice María, levantando las cejas.

Sí, planean juntarme con ella. De puta madre.

A ver, la verdad es que Elena no está mal físicamente y es simpática. Me gusta que esté riéndose siempre y, cuando lo hace a carcajadas... tiene chispa. La gente que ríe como lo hace ella, te contagia algo en cada sonido, te da paz. Esa que a mí me falta. Y, aunque me dolió que me dijera unas cuantas verdades, también me gustó que fuera sincera conmigo. Demostró que yo le importaba y me vino bien escucharla. Además, olía muy bien...

Joder, ¿pero en qué estoy pensando?

No, no. Ni de coña. Tengo que llamar a Valeria.

—Tíos, me voy ya —le doy un apretón de manos a Olfo, un beso en la mejilla a María y un abrazo a mi pequeña guerrera.

Antes de subirme al coche, saco mi móvil.

—Hola, Nico —me lo coge al primer tono. Su voz suena triste.

—Hola. ¿Tenías el teléfono en la mano o qué?

—Sí... estaba esperando un mensaje de Oliver, para saber que ha aterrizado bien.

—¿Y?

—Nada todavía.

—¿Cómo estás?

—Triste.

—¿Quieres que vaya a verte?

Silencio en la línea.

—Mmm, no sé si será una buena idea, Nico.

—Como amigos, Val. Sabes que siempre estaré ahí para ti.

—Vale, te espero.

Cojo algo de cena y la subo a casa de Valeria. Menos mal que no es la que compartimos. Allí nunca podría volver. Ella me espera con unas cervezas. Está echa polvo, aunque yo la querría igual. Tiene unas ojeras muy marcadas, los ojos rojos y lleva puesto el pijama.

—¿Qué pasa, pequeña? —la abrazo con fuerza.

—Se ha ido, Nico.

—Lo sé, cariño.

Nos sentamos en el sofá y hago que coma un poco e intento distraerla contándole mi nuevo proyecto. La misma empresa que nos encargó el edificio sostenible para oficinas quiere que hagamos otro igual en Marbella. Ella me escucha atenta, pero sé que su mente está muy lejos de aquí.

Cuando su teléfono suena, y se le ilumina la cara ante el nombre de Oliver en la pantalla, siento que yo ya no pinto nada. Este ya no es mi lugar, por mucho que yo me empeñe en que lo sea.

—Oliver, ¿has llegado bien? —responde a la llamada.

—Valeria, me voy ya —le digo y ella me hace una seña con la mano, despidiéndome.

—No, es Nico, que se ha pasado a ver cómo estoy... no Oliver, claro que no... pero, ¿qué dices?...

Escucho sus últimas palabras con Oliver y ya ni siquiera me alegro de que estén discutiendo.

Capítulo 6

ELENA

—¿Cómo estás amiga? —pregunto a Valeria, pegando en la puerta del despacho para llamar su atención.

—Echa mierda, Leni. Oli se fue ayer —se levanta y sale.

—No te preocupes, nos entretendremos con cualquier cosa.

—Vas a tener que dejarme que te haga un Tinder o algo —nos reímos.

—Val —la aviso mirando por encima de su hombro— mira quien viene por ahí.

Ella se da la vuelta en el mismo momento en que Álvaro llega hasta nosotras.

—¿Álvaro? —él le da un beso en mejilla y me saluda con la mano.

—¿Podemos hablar?

Bella pasa por nuestro lado, saludándonos, y se queda absorta por un momento mirando a Álvaro. Aquí a tema, sonrío para mí. ¿Miraré yo así a Aless? ¿o a Nico?

—Claro. Pasa al despacho. Leni, hablamos luego.

Valeria cierra la puerta pero Bella sigue parada a mi lado.

—De hecho, Elena, a mí me gustaría hablar contigo ahora.

—Dime.

—¿Qué pasa con mi hermano?

—Nada. Es mi jefe —si Alessio no se lo ha contado, yo no soy quien para decíselo. Además,

realmente no hay nada serio. Ni siquiera lo hemos hablado. Ayer no me llamó ni yo a él tampoco y esta mañana no lo he visto todavía.

—Ya... conozco a mi hermano muy, muy bien y sé que aquí se cuece algo. A quien no conozco es a ti y te advierto Elena —me dice desafiante. Sus ojos escaneándome—, mi hermano no va a sufrir más si yo puedo evitarlo.

Me encojo de hombros, esperando que mi expresión no parezca demasiado culpable.

—Yo no quiero que nadie sufra, Bella, pero entre tu hermano y yo no hay nada, de verdad.

No suelo mentir tan descaradamente, pero no veas, luego la peliculera soy yo. ¿Qué estará pensando que ocurre entre nosotros? ¿por qué habrá sufrido tanto Alessio?

Valeria sale del despacho llorando y creo que Álvaro también lo está. Le echa una última mirada a Bella y cabecea en mi dirección.

—Val, ¿qué pasa? —ella no puede dejar llorar y yo estoy empezando a asustarme—. Val, mírame, ¿qué ocurre?

—Es... Chiqui. Mi Chiquita, Leni —y vuelve a llorar como si el mundo se estuviera acabando.

—¿Qué pasa con Chiqui? ¡Respóndeme! —Bella permanece impasiva unos instantes, hasta que, finalmente, se aleja dándonos un poco de intimidad. Toda la que podemos tener en la oficina.

Empujo a Valeria hacia su despacho e intento calmarla para que me explique qué ocurre. Sé cuánto significa su perrita para ella y se me encoge el corazón por lo que sea que está a punto de contarme.

—Chiqui está enferma. Esta mañana le costaba respirar y Álvaro la ha llevado al veterinario. Lo acaban de llamar con el resultado de las pruebas y no hay nada que hacer Leni, nada.

El peso de esa realidad, de lo que va a perder, cae como una losa sobre Valeria, arrastrándonos a todos con ella.

A partir de ese momento, todo se precipita. Valeria va a despedirse pero Álvaro no deja sola a su perrita en ningún momento.

La acompañamos Olfo, Nico y yo. Todos queremos quitarle ese peso de encima pero no sabemos qué hacer. Olfo y Nico se ofrecen a quedarse ellos en el veterinario durante el proceso, pero Álvaro se niega, quiere ser él quien esté presente. Está literalmente llorando y se me parte el corazón con ambos.

Yo nunca he tenido animales, solo los del club, pero puedo entender lo que significa perder algo o a alguien que lleva contigo gran parte de la vida. Lo que es que desaparezca tan rápido. Que un día la vida sea de una forma y al día siguiente, al instante siguiente, de otra. Tienen suerte de poder despedirse de ella, al menos. Yo creo que sería incapaz. Las muertes, todas ellas, son dolorosas. No hay palabras de consuelo y a mí todo esto me viene muy grande, pero me hago la fuerte por ella, por mi amiga.

Pasamos este trance juntos. Olfo, Nico, Valeria, Álvaro y yo. Y no puedo describir el lazo invisible que nos une a los cinco a partir de entonces.

Álvaro se va a su casa, destrozado, mientras Nico, Olfo y yo acompañamos a Valeria a la suya. Olfo la abraza, comprensivo. Recordamos algunas anécdotas de Chiqui, con lágrimas en los ojos. Cómo movía su cabecita, queriendo entender. Cómo ponía su patita encima de nuestras rodillas pidiendo comida. Cali, la vecina de Valeria, también se une a nosotros, afligida. Nos recuerda las veces que se ha quedado con ella, cuando veía la tele y Chiqui se acurrucaba a su lado, dándole cariño, sus paseítos o cuando corría detrás de los gatos del parque. Mi amiga se ríe y llora a la vez, incrédula por haber perdido a un ser tan querido tan de repente.

Nico la consuela, pasando una mano por su espalda, acariciándola y dándole un beso en el

nacimiento del pelo al despedirse.

Como mañana iremos juntas al despacho y Oliver no está, me ofrezco a quedarme con ella esta noche.

La acuno en mi regazo mientras la oigo decir, una y otra vez, de forma inconsolable, *mi niña, Leni. Mi niña, mi niña...* hasta que se duerme.

Capítulo 7

ELENA

Los días siguientes al lunes son una repetición del anterior. Olfo y yo nos turnamos para quedarnos a dormir con Valeria y que no pase sola por esto. Oliver sigue en Madrid y temo que la situación, y los sentimientos de rencor que se están creando en mi amiga, los separen. Debería estar aquí con ella. Cris quiere que la incluyamos en los turnos pero, con el embarazo, no nos parece bien, aunque no deja de dar la tabarra y de presentarse en casa de Val con toneladas de comida y cerveza. Es la mejor.

De Álvaro no sabemos nada, pero el que sí hace acto de presencia cuando puede es Nico. Correcto, en su sitio, pero siempre cariñoso. Observo impotente cómo la mira, cómo se deshace en cuidarla y me siento fuera de lugar cuando estoy con ellos. Sin embargo, no es él quien me hace sentir así, al contrario. Me incluye en las conversaciones, me pregunta también cómo estoy y me ha invitado a ir el domingo a casa de sus padres para un almuerzo.

Puede que sea una sensación mía, pero ya no lo veo tan dolido con Valeria. Ese sentimiento ha sido sustituido por otra cosa a la que todavía no sé ponerle nombre. Quizá, ver que lo está pasando mal hace que lo que siente hacía ella quede en un segundo plano. Aunque, no nos

engañemos, el corazón quiere lo que quiere. Lo sé muy bien.

Y, por fin, el domingo llega. Me enfundo en el vestido escogido para la ocasión, uno de gasa azul con mangas cortas y Olfó y María nos recogen a Valeria y a mí en su portal.

La casa de los padres de Nico es gigantesca. Ya me había hablado mi amiga sobre ella, pero nunca había estado aquí. La verja de la entrada está abierta cuando llegamos, supongo que para que pase todo el mundo sin tener que llamar. Olfó aparca el coche en un lateral de la propiedad y, cuando nos apeamos, viene una pareja a recibirnos.

—Hola, chicos —la mujer besa a todo el mundo y se acerca a mí—. Hola, soy Encarni, la madre de Nico.

—Y yo Manuel, el padre.

—Encantada. Soy Elena, una amiga de la pandilla.

—Bienvenida, Elena. Espero que te sientas como en casa.

—Muchas gracias.

Manuel se queda hablando con Olfó y Encarni se gira para darle un abrazo a Valeria y se centra en ella.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Mal, Encarni, mal, para qué te voy a engañar.

—No te preocupes, tesoro. Hoy estás en familia.

Es una mujer muy dulce, muy maternal. Me recuerda mucho a mi madre. Nos guía hacia el jardín donde encontramos a Nico y al resto de la pandilla alrededor de la barbacoa. Hay también algunos amigos del matrimonio.

Nico está súper sexy. Lleva vaqueros y una camisa celeste remangada hasta los codos. ¡Cómo me gusta! Se acerca a saludarnos, igual que hace el resto. A Olfó le da un abrazo, a María y Valeria un beso en la mejilla y, cuando llega mi turno, posa su mano alrededor de cintura y también me da un beso en la mejilla, pero hay algo más, noto cómo me respira y se separa con una sonrisa tan feliz que, durante un segundo, incluso me la creo.

¿Por qué se ha pegado tanto a mí? Seguro que es mi imaginación, no voy a crearme falsas esperanzas, pero no veas... cómo me ha puesto el saludo.

Cogemos unas cervezas y nos sentamos en la mesa. Veo como Olfó le da un codazo amistoso en las costillas a Nico. Es todo muy raro.

—¿Dónde está Oliver, cariño? —le pregunta Manuel a Valeria. No se ve ningún rencor de los padres de Nico hacia ella y eso me gusta. Son unas personas encantadoras.

—Sigue en Madrid, no ha podido bajar este fin de semana.

—Vaya.

Le cojo una mano a Val, sentada al lado mía, y gira su carita hacia mí.

—Tía es que no me lo creo, ¿no venir a verme siquiera? ¿sabiendo cómo estoy? ¿es que no le importo una mierda?

—¿Pero cómo no le vas a importar, tonta? ¿Tú te estás escuchando?

Le acaricio la mejilla y ella mueve la cabeza.

—Esa templanza, ese saber estar que tienes, Leni, ahora mismo los envidio.

—Sí, tú eres más de impacencias y lexatines...

Nos reímos.

—Es que no sé qué mierda le pasa. Odio esta versión de él.

Nico se acerca y posa una mano en su hombro. Ella pone la mano encima de la suya, agradeciéndole el gesto. No sé cuánto habrá escuchado de nuestra conversación y, aunque estamos al aire libre, siento que no estoy respirando aire puro.

Me levanto para poner distancia entre ellos y yo, y voy en busca del baño. La casa por dentro es igual de bonita que por fuera y está decorada con una cantidad exagerada de fotos, incluida una de Valeria, Nico y Olfó de cuando eran más jóvenes. Da un poco de nostalgia contemplarlos así.

Encuentro el baño y cierro la puerta tras de mí. Me miro al espejo y se me cae el alma a los pies. ¿Por qué me siento tan... derrotada?

Puedo parecer fuerte, pero no lo soy. Es todo una apariencia muy estudiada que llevo perfeccionando desde niña. Sin embargo, en algún punto tengo que romperme y ese momento ha llegado.

Se me escapa una lágrima. Pero solo una. Es un llanto silencioso, porque aquí no puedo permitirme más. Respiro profundamente, me sereno y, al salir del baño, me doy de bruces con Nico.

—Hola —balbuceo con asombro.

—¿Estás bien, Elena?

—Sí, claro —me paso las manos por el vestido, estirándolo nerviosa.

—Tu cara dice lo contrario. ¿Por qué estás tan intranquila? ¿qué te preocupa? —posa una mano en mi mejilla y me parece que es como si estuviera viéndome realmente, a mí, a la Elena que hay debajo de las capas felicidad. No puedo ser tan transparente para él. Me mira, queriendo descifrarme, y yo dibujo una sonrisa.

—Estoy bien, Nico. No es nada —pero no retira su mano y yo, necesitada del contacto, descanso mi cara en ella, cerrando los ojos por la intensidad.

Cuando me quiero dar cuenta, sus labios están a medio centímetro de los míos y me besa. ¡Me besa!

NICO

Elena me ha sorprendido y mucho. No sabía que fuera una persona tan fuerte, tan capaz. Siempre me había parecido un poco pija, aunque no puedo decir que la conozca en profundidad. Desde que lo dejó con su ex, ha venido muchas veces a nuestras quedadas en pandilla, pero casi nunca hemos tenido conversaciones trascendentes hasta, quizá, el cumpleaños del niño. Bueno, y hasta hoy.

Estoy tan ciego con Valeria que no había reparado en ella pero, desde que Olfó me lo hizo ver, y con todo el tiempo que hemos pasado juntos tras lo ocurrido con Chiqui, mi visión hacia ella ha cambiado radicalmente y, desde entonces, han ido formándose en mí unas ganas increíbles de probar sus labios.

He escuchado su conversación con Valeria y, al acercarme, ella ha querido dejarnos intimidad. La he visto alejarse y sé que le pasaba algo, así que he ido tras ella.

Le he preguntado si estaba bien, y ella me ha contestado que sí, sonriendo, pero no me la creído ni por un segundo. Está nerviosa. Algo le preocupa.

Poso una mano en su mejilla y el calor que emana de ella hace que mi cuerpo reaccione. Aprieta su cara contra mí y quiero besarla.

¡Qué coño! La beso.

Nuestros labios colisionan despacio, tímidamente. Me obligo a dejar que ella marque el

ritmo, porque no sé si le gusto o no, si ella también quiere esto o no, pero me demuestra que sí al poner sus manos sobre mi cabeza y tirarme del pelo para acelerar el beso, hacerlo más febril.

Joder. Estamos así un minuto, dos o tres, no tengo ni puta idea, hasta que nos separamos para coger aire. Ninguno de los dos dice nada pero yo aprovecho para contemplar su cara.

Es muy atractiva. Tiene una belleza clásica y refinada. El flequillo le tapa la frente y yo se lo aparto con una mano mientras con la otra le limpio una mancha de rímel de debajo de su ojo. Ella parpadea.

—Tienes una pestaña —le digo— pide un deseo.

No tiene ni que pensarlo.

—Deseo... que vuelvas a besarme.

Que no lo diga dos veces. Vuelvo a acercar mis labios a los suyos en un beso voraz.

No sé qué estoy haciendo, solo sé que quiero hacerlo. Quiero profundizar más en el beso e incluso hacerla mía aquí mismo. Quiero que borre a todas las mujeres que ha habido antes de ella. Que borre a Valeria... Joder. No puedo.

Me separo.

—Lo siento, Elena.

—¿Qué..? —pregunta y sus ojos cristalinos me desgarran el alma. En ellos leo demasiadas preguntas sin respuesta.

—No puedo, Elena, lo siento.

—¿Valeria? —Vuelve a preguntarme, retóricamente.

Realmente no sé si es Valeria o soy yo o qué mierda pasa. Porque ya me he dado cuenta de que Val y yo no volveremos a ser los que fuimos. Eso terminó y tengo suerte de que lo hiciera de la mejor manera posible, porque seguimos siendo amigos. Todo lo amigos que podemos ser en esta situación. Lo que pasa es que me ha dejado muy tocado. Que no hay nadie que pueda atravesar mi coraza porque no dejo pasar a ninguna mujer y Elena no va a ser diferente, ¿verdad?

Desde luego, no es el tipo de chica al que le pueda decir eso de “sin ataduras”, solo le he conocido un novio y ha estado con él diez años... Además, tenemos el mismo círculo de amigos y ese círculo incluye a mi ex. Sería demasiado complicado.

Pasa por mi lado sin esperar ninguna respuesta y yo voy tras ella. Un minuto después estamos de nuevo con nuestros amigos, con mi familia.

—¿Estáis bien, niños? —nos pregunta mi madre— Habéis tardado mucho.

—Sí —contesta ella por los dos—, estaba viendo las fotos que tenéis en el salón, ¡contadme historias vergonzosas! —le pide a mi madre con una sonrisa que ya no me creo y, aunque no vuelvo a cruzar palabra con ella, me paso el resto de la tarde mirándola.

Capítulo 8

ELENA

Esta noche no he dormido. Lo que ocurrió ayer con Nico es un antes y un después en nuestra relación y, por una parte, tengo maripositas en el estómago porque me besó. ¡Y qué beso! Pero, por otra, se arrepintió tan pronto que casi estoy dudando de que llegara a ocurrir...

—Elena —me interrumpe Alessio entrando a mi despacho— ¿me concedes un minuto, por favor?

—Claro. Dime.

Le hago un gesto para que siente.

—Llevas una semana muy distante. Desde que estuve en tu casa. ¿Ocurre algo?

—No, por supuesto que no. Es que Valeria me necesitaba.

—Sí, estoy al tanto de lo que le ha ocurrido a Valeria.

—Mmm, sí que eres observador —levanto las cejas.

—Eso, y que Federico me lo ha dicho.

—Vaya —me río.

—¿Te arrepientes de lo que ocurrió entre nosotros?

—No —le digo, y es un no rotundo. Estar con él me hizo sentirme segura conmigo misma y me dio alas. A dónde me lleve el viento, es otra historia.

Lo llaman por teléfono y me pide que espere un segundo mientras contesta.

—No... porque puedo permitírmelo... y sé que lo necesitas... ruega lo que quieras, esa es la oferta final del despacho, la tomas o la dejas... Ajá, sabia decisión.

Cuelga y me mira, sonriendo.

—Eres lo peor —me río— ¿cómo le has podido decir eso a un cliente?

—En este juego todo vale, Elena, deberías saberlo ya.

Está claro que profesionalmente somos distintos.

—Mi juego y el tuyo son muy diferentes, Aless.

—Cena conmigo esta noche y lo comprobamos.

Vale, ya no estamos hablando de trabajo.

—De acuerdo.

Asiente él también.

—En mi casa a las nueve.

Salgo del trabajo y llevo a Valeria a su casa. Le cuento que he quedado con Alessio y que me tengo que ir temprano para arreglarme, pero me dice que no quiere quedarse sola y me pide que espere a que llegue Olfo que, por supuesto, viene acompañado de Nico.

—Hola —Olfo me saluda con un beso en la mejilla pero Nico ni siquiera eso. Mantiene las distancias y yo intento fingir que no me molesta pero lo hace, y mucho.

—Bueno chicos, me voy ya, me alegro de veros.

—¿Por qué te vas tan pronto? Vamos a tomar unas cervezas —comenta Olfo.

—Me encantaría, de verdad, pero he quedado y tengo que cambiarme.

—¿Con quien has quedado? —nos sorprende Nico a todos, preguntándome.

Yo le sostengo la mirada, pensando que de qué va. ¿Qué derecho tiene a hacer esa pregunta? ¿Es que acaso le importa?

—Elena está “medio saliendo” con nuestro jefe —explica Valeria haciendo el gesto de las comillas con las manos, como si yo le hubiera dado permiso para contarle mi vida a todo el mundo. Como creo que este tema la distrae, por la sonrisa que pone, no la reprendo. Pero vaya *telita*.

Nico frunce los ojos, enfadado. Su cara refleja desconcierto y yo hago caso omiso al nudo que en mi estómago me pide a gritos que me disculpe con él.

—Te dejo en buenas manos —digo, dirigiéndome a mi amiga y a Olfo, que están sentados juntos en el sofá y paso por el lado de Nico, que continúa de pie cerca de la mesa.

Imperceptiblemente, me roza la mano en una caricia impaciente cuando paso por su lado.

—Diviértete, chispitas —y, por un momento, imagino que esas palabras tienen más de una interpretación.

—Lo haré —le contesto y salgo pitando de allí.

Qué nerviosita me pone este tío, de verdad.

Cambio mi traje de chaqueta por un vestido y me presento en casa de Alessio a las nueve en punto. Es él quien me abre la puerta.

—*Cara mía*, gracias por venir —me besa dulcemente en los labios— ¿una copa de vino?

—Tinto, por favor.

—Deja aquí la chaqueta, cenaremos en el salón.

No veo a Florencia ni a Daniela por ninguna parte, así que le pregunto.

—Florencia se ha retirado a su cuarto ya y Dani está durmiendo. Tenemos la casa para nosotros solos.

—¿Cuándo vuelve Isabella?

—En dos semanas.

—¿Qué tal va todo por Roma?

—Los negocios van bien. Con Bella allí, estoy tranquilo.

—¿Y la familia?

—Haces demasiadas preguntas, Elena.

Me corto un poco, porque la verdad es que sí estoy preguntando mucho y es algo descortés. No quiero ser cotilla.

—Discúlpame, Alessio.

—Déjame que te cuente una historia—suena enigmático y yo me acomodo en la silla para prestarle toda mi atención—. Mi mujer no murió por causas naturales, por eso no me gusta hablar de ella.

—¿A qué te refieres?

—No la perdí, me la arrebataron.

—Dios mío —me pongo una mano en la boca, evitando que vea el asombro que me causa su afirmación.

—Mi mujer fue asesinada, hace dos años, y sigue siendo un crimen sin resolver, por desgracia.

—Aless...

Comienza a reírse y me deja de piedra.

—¿Te lo has creído? —se burla— tendrías que haberte visto la cara.

—¿No es real? ¿Cómo puedes bromear con esas cosas?

—Me dijiste que no eras tan inocente, *cara mía*.

—No puede ser verdad, ¡qué idiota eres! ¡me lo he creído!

—Has dicho un taco —él sigue riéndose y yo termino sonriendo también.

—Si sigues así, perderás tu alma —le señalo con un dedo.

—Elena, amor, ¿quién ha dicho que yo tenga alma?

Alessio tiene algo. No sé si son sus ojos profundos o su sonrisa pícara, pero es algo que me dice que la persona que tengo delante puede llegar a ser muy frío y cruel, ya le he visto usar esa crueldad en los negocios.

—Eres una buena pieza...

—¿Qué significa eso?

—Significa que eres un caso digno de estudio.

Nos reímos.

—Haces que la seducción sea un arte, Elena.

—Qué italiano eres, de verdad.

Cruza la distancia que nos separa y me besa intensamente.

—¡Puaj! —escuchamos decir a una bocecilla— ¿qué hacéis?

—Estoy besando a Elena, princesa —le explica Alessio con total naturalidad.

La niña llega hasta nosotros y sube en brazos de su padre.

—Simón López dice que eso que hacéis los mayores es asqueroso —nos señala.

Qué sabiondilla es.

—Dile a Simón López que, como te siga hablando de esas cosas, él nunca lo descubrirá.

No puedo más que reírme con la amenaza de Alessio. Daniela me mira y yo me la comería enterita.

—Eres demasiado bajita para ser tan lista —le digo, acariciándole el pelo.

—Venga, vamos a dormir de nuevo —Alessio se gira para llevarla a su habitación —ponte cómoda Elena.

Asiento.

—Qué duermas bien, cariño.

—*Buona notte*², Elena —me dice moviendo su manita hacia mí.

Bebo de mi copa, sumida en mis pensamientos hasta que Alessio vuelve.

—Gracias —me besa el cuello.

—¿Por qué?

—Por tratar a Dani con tanto cariño.

—Yo no he hecho nada, Aless.

—No es lo que haces, es lo que significa.

—Parece una niña fantástica.

—Quiero pensar que sí. Le doy lo mejor que tengo —se sienta a la mesa y coge su copa de vino—. Y, a propósito de eso —da un sorbo—, ¿qué quieres tú, Elena?

Reflexiono.

—¿En qué sentido?

—En cualquier sentido. Sentimental, personal, profesional... Si pudieras pedir lo que quisieras, ¿qué sería?

Arrugo los ojos y lo miro extrañada. A Nico. No lo digo en voz alta, pero es lo único que me viene a la cabeza, porque me importa Aless, pero quiero a Nico y eso, lamentablemente, es de las pocas cosas que no están a su alcance, ni probablemente al mío.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero conocerte mejor y ofrecerte todo lo que esté en mi mano.

Me encojo de hombros.

—Tendría que pensármelo.

—Te ofrezco todo lo que cualquier persona querría. Dime, ¿qué tienes que pensar?

Qué intenso es, madre mía.

—A ti. En la cama —le contesto para que se calle.

Capítulo 9

ELENA

El martes voy directamente al trabajo desde casa de Alessio. Ha sido una noche interesante. Mando un mensaje a Valeria para decirle que no voy a pasar por su casa a recogerla, que se vaya en la moto y, cuando llego, ya me está esperando, apoyada en el marco de su puerta.

—Creo que alguien tiene algo que contarme —me dice, alzando las cejas varias veces seguidas.

Me gusta verla feliz, han sido semanas duras.

—Cenamos, nos acostamos, ¡Tiene un morbazo!

—Qué tontaca eres —mueve la cabeza, entrando a su despacho— ¡envíame la invitación a la boda!

Se ríe y yo me sonrojo por si nuestros compañeros la han escuchado. Me encantan las pelis de Disney, pero tengo claro que lo mío con Aless no es ninguna película romántica. ¿Un *thriller*, quizá?

A media mañana estoy enfrascada en una pila de expedientes cuando alguien pega en mi puerta y la abre.

—Fabio, ¿qué tal? —nos damos un apretón de manos— ¿qué haces por aquí?

—Vengo a cuidar de mi inversión, señorita Sanz.

Me río.

—Claro que sí, pasa y siéntate. Y es Elena, por favor.

—¿Cómo estás, querida Elena?

—Genial, gracias. ¿Te estás instalando bien en España?

—Me está resultando más difícil de lo que pensaba acomodarlo todo. Tengo que arreglar las oficinas y mi nueva casa, a partir de ahora voy a pasar mucho tiempo en este bello país.

—Bueno, poco a poco, seguro que lo consigues.

Me mira, afable y muy sexy, tengo que decir, y lo pongo al día sobre el trabajo que estamos realizando para su negocio.

Cuando terminamos la jornada, Val y yo nos reunimos con Cris en el Milhojas. Esta se pide una manzanilla porque tiene náuseas del embarazo.

—¿Cómo estás? —le pregunta Cris a Val.

—Tirando.

—¿Y Oliver?

—No lo sé, chicas, está demasiado lejos en más de un sentido —suspira— ¿os podéis creer que el que siga conmigo, en lo bueno y en lo malo, sea Nico?

—A ver, yo sí porque el chico te adora, pero no te voy a negar que Oli me está decepcionando bastante.

—A mí no me mires —le digo— yo siempre he sido del *team* Nival.

Suena el teléfono de Valeria, es un mensaje de *WhatsApp*.

—Chicas, me tengo que ir, Olfo está en mi casa.

—¡Qué primo tienes, tía! ¡que Dios te lo conserve!

—Que se lo conserve a María, que a mí me tiene agobiadita.

Nos reímos.

—Hasta luego, guapa —le dice Cris, con un abrazo.

—Hasta mañana —digo yo, uniéndome a ese mismo abrazo.

—No se qué haría sin vosotras, chicas. Muchas gracias.

En cuanto se va, me relajo. Ni siquiera sabía que había estado en tensión. Val es una de mis mejores amigas, debería contarle el beso con Nico si no quiero perderla.

Y no quiero, por nada del mundo.

La vemos irse, calladas, hasta que Cris interrumpe mis pensamientos, metiéndose en mi campo de visión.

—Vale, suéltalo Leni.

—¿Qué suelte el qué?

—A lo mejor es que el *gremlin* que llevo en mi interior me está dando sabiduría o que te conozco demasiado bien. ¿Qué coño pasa? —me interroga.

Y es que mi amiga Cris tiene poder sobre mí, ¿con quién mejor voy a desahogarme?

—¡Me cago en la *lechuza*! ¡Está bien! Te lo cuento.

—Ay, Elenita, qué repipi eres, hija. ¿No puedes decir mierda como todo el mundo?

Le saco la lengua.

—El otro día hablé con Juan —me parece tan lejano...—, y creo que los dos nos quedamos en paz, ¿sabes?

—Bueno... de una relación así no sales entera, Ele. Necesitabais tiempo.

Uy, Cris hablándome en serio, miedo me da.

—Él ya ha conocido a alguien.

—¿Sí? Bueno, ya iba siendo hora, hace un año o más que lo dejasteis. Y tú estás con Alessio, ¿no?

—Bueno, estar, estar, lo que se dice estar, no. Hemos quedado dos veces solo.
—Pero, ¿tú quieres algo más con él?
—Hombre, el chico está bastante bien, ya sabes, tiene mucho morbo... pero no lo veo, Cris.
—Ni que fueras vidente, tía, ¿pero qué tienes que ver? déjate llevar ya de una vez —se ríe—
¡Ay! Podemos ir a cenar a un chino, a ver qué dice la galletita de la suerte —me dice, completamente en serio, aunque acto seguido mueve la mano, desechando la idea—, pero hoy no, porque me están dando muchas náuseas.
—Nico y yo nos besamos.
—¿Qué? —va a beber un sorbo de su taza pero en lugar de eso, se echa unas gotas por encima. Coge una servilleta para limpiarse.
—En casa de sus padres.
—¿Pero qué me dices? —pone los ojos como platos— menudo culebrón. ¿Valeria lo sabe?
—No y no se lo digas. Quiero contárselo yo.
Hace el gesto de que sus labios están sellados.
—Bueno, pero cuéntame cómo fue.
—Pues... estábamos en el jardín, yo fui al baño y se ve que me siguió porque, cuando salí, me lo encontré en la puerta. Puso la mano en mi mejilla y me besó.
—Qué fuerte, madre mía, qué fuerte todo. ¿Y luego, qué?
—Luego nada. Me dijo que no podía hacerlo y yo me fui.
—¿Por Valeria?
—No me lo explicó, pero probablemente sí. Ya sabes lo que han tenido esos dos.
—Bueno, lo que hayan tenido o no, ya es agua más que pasada.
—Él la sigue queriendo. Se desvive por ella.
—Hay mucha diferencia entre querer a una persona y amarla, tú lo sabes bien.
Su reflexión me da cierta esperanza.
—¿Tú qué piensas, Cris?
—Creo que, antes de comenzar a salir en serio con Val, también mareó bastante la perdiz. No supo lo que tenía hasta que vio que otra persona podía arrebatárselo. ¿Recuerdas?
Asiento.
—Perfectamente.
—Yo no le pondría puertas al campo, Leni. Aquí puede pasar cualquier cosa.
—No quiero excederme ni tampoco perder a Valeria.
—Elena —me dice muy seria— ¿desde cuándo te gusta Nico?
—Hace más tiempo del que quiero admitir ante ti o ante nadie.
—Pues ahí lo tienes, amiga. No te pongas los límites tú misma.
Y, ¿sabéis qué? En mi fuero interno, sé que Cris tiene razón.

Capítulo 10

ELENA

El miércoles me vuelvo a encontrar con Olfo y Nico en casa de Valeria y pongo en marcha la idea orquestada por Cris. Vamos a ver si funciona.

Val nos cuenta que ha hablado con Álvaro y que está más capullo que nunca. Palabras textuales suyas. Suponemos que lo está pasando mal todavía por Chiqui. Al fin y al cabo, Álvaro era quien la tenía en su casa casi siempre. Le propongo quedar con él un día pero mi amiga no está por la labor, al menos, de momento.

Olfo nos propone salir el sábado de fiesta, ya que hace mucho que no lo hacemos, y ambas aceptamos.

—¿No estarás con tu chico? —me espeta Nico.

—No, el sábado soy toda vuestra —les digo a todos— pero hoy sí que me tengo que ir, que ya me estará esperando —miento, guiñándole un ojo— ¡hasta mañana!

No es cierto, no he quedado con Alessio y, de haberlo hecho, yo nunca llegaría tarde a una cita. Pero tiene que dar esa impresión. Así que me voy hasta el paseo marítimo y me quedo un rato observando el mar. Es hermoso. La forma en que los pajaritos pían a mi alrededor, la paz que transmite todo lo que me rodea, hace que reflexione sobre muchas cosas. Muchas más de las que me gustaría.

Me planteo qué ocurrirá con Nico y me inquieta mi relación con Alessio. Creo que debería dejarlo. Yo nunca he sido de las de tener un rollo ocasional. Lo que ocurre, por lo que no lo he dejado todavía, es porque se supone que soy la nueva Leni. La que prueba cosas diferentes y es impredecible. Pero, por otra parte, Mi nueva yo debería conservar lo mejor de la anterior, ¿verdad? Lo que me hacía sentirme a gusto conmigo misma. La chispa. La magia.

Cojo el teléfono y llamo a mi madre. Con todo lo ocurrido, hace semanas que no la veo.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Hola, mami. Bien, ¿y vosotros?

—Saliendo del club, cielo. He venido a tomar el té con Isidora. Y tu padre en la clínica todavía. ¿Va todo bien?

—Sí, solo quería escuchar tu voz.

—¿Qué pasa, Elena?

—Nada, mami.

Pero mi madre, que es la persona que mejor me conoce en el mundo mundial, no para hasta sacármelo.

—¿El trabajo bien? ¿Las chicas?

—Sí, todo perfecto.

—¿Has conocido a alguien?

—Se puede decir que sí —aunque se quedaría más loquita que yo si le dijera que he conocido a dos “alguienes”. Cuando le he respondido a esa pregunta, no sabía si estaba hablando de Nico o de Alessio y, ahora mismo, buscar la verdadera respuesta me da miedo. Sería demasiado reveladora.

—Vale. Pues tu padre y yo queremos conocerlo. Invítalo a cenar.

—Todavía no, mami. Es demasiado pronto. Pero espero poder hacerlo algún día, ¿vale?

—Bueno, tesoro, Confío en tu buen hacer, ya lo sabes. Entonces ven tú el domingo al club y comemos juntas.

—Hecho.

El día siguiente, Valeria y yo vamos juntas hasta su casa y nos volvemos a encontrar a Nico y a Olfo. Si no los conociera bien, diría que viven allí. Así que repito la acción, que parece que va surtiendo su efecto. Nico vuelve a poner mala cara y yo me regodeo en la trama tan bien urdida de Cris.

El siguiente día sí que decido quedarme, ya que también han venido María y su peque, Nerea, así que estoy más entretenida. Últimamente mi vida se está llenando de niños... de diferentes edades.

Cenamos todos juntos, utilizando el cuchillo para cortar la tensión, además de la carne. Cuando ya no puedo más, me levanto para irme porque, ¡mañana nos vamos de fiesta!

—Yo también me voy —Nico coge su chaqueta y espera a que me despida para bajar los dos juntos.

María y Olfo se miran entre ellos, no sé si intuyen algo.

—Te acompaño a casa —me dice una vez en la calle.

Me he traído el coche, pero me da igual dejarlo en casa de Val o en la mía, porque desde que se mudó a la casa que compró Oli, vivimos aún más cerca que antes.

—No tienes por qué.

—Insisto y no acepto un no por respuesta.

Pues muy bien todo. ¡Ya comienzo a ponerme nerviosa por su cercanía!

—¿Qué tal con tu jefe? —pregunta cuando vamos de camino.

Va muy pegado a mí y, de vez en cuando, me roza la mano en una caricia de fuego.

—Bastante bien y tú, ¿qué tal?

—No puedo quejarme.

—¿Estás viendo a alguien? —pregunto, esperando que conteste que no, pero me decepciona.

—Siempre hay alguien, chispitas. ¿Vosotros estáis saliendo en serio?

Me paro cuando llegamos a mi portal.

—Yo... ¿por qué me preguntas eso? ¿acaso te interesa? —pregunto, reprimiendo las ganas de tocarle.

—Puedes contestar con un sí o con un no. No es tan complicado.

Me encojo de hombros.

—Te testaría, pero ya hemos llegado.

—¿Sabes? Antes pasaba por aquí casi todos los días.

—¿Ah, sí? —me hago la nueva, que se me da de lujo.

—Sí, cuando salía a correr.

—Qué coincidencia.

—Ahora vivo a dos calles, en aquélla de dirección —señala— pero hace tiempo que no me apetece pasar por aquí.

Desde aquélla noche. Intuyo y prefiero no preguntar. Fue la noche en que vio a Oliver y Valeria en el mirador y su vida se puso patas arriba.

Ufff. Tengo que salir de aquí.

—Bueno... pues... hasta mañana —voy a abrir la puerta del portal pero él me agarra la muñeca para que no avance—. ¿Qué haces?

—¿Me invitas a subir?

¿Cómo? ¡Ay! ¿qué hago? ¿desaprovecharé una oportunidad única si me hago la digna y le digo que no?

Vale, no respondáis a eso.

—¿Para qué? —indago.

—Creo que tenemos que hablar, Elena.

—¿Tú crees? no se me ocurre de qué.

—No me lo pongas más difícil e invítame a tomar algo, que es viernes.

Suspiro.

¿Habéis escuchado a Cris decirme que no le pusiera puertas al campo y blablablá, verdad?

Pues eso.

—Vale —respondo con agotamiento fingido, como si me diera igual que subiera a mi casa o a la luna.

Vivo en una primera planta de un edificio de tres. Solamente hay un piso por planta, por lo que el mío es bastante grande. Cuando lo compré, lo que valoré fue la amplitud y que tuviera terraza. Tengo un dormitorio principal y otro de invitados, un baño en suite y otro en el pasillo. Estoy encantada con él.

Nico se queda parado un segundo en la puerta, admirando la arquitectura de mi casa que, como yo, es clásica, refinada y muy espaciosa. Bueno, espaciosa yo no, la casa.

—Tienes un piso muy bonito, chispitas.

—Gracias, es uno de mis orgullos. Pasa.

Saco dos cervezas de la nevera y nos sentamos en el sofá.

—Es muy acogedora.

—¿Has subido para hacer un estudio de mi piso? Que sepas que no está en venta —me burlo.

Con la mirada, le estoy rogando que me bese y no deje de hacerlo nunca. En cambio, con las palabras, lo acribillo.

—¿Porqué estás tan borde? ¿Qué te pasa?

—¡Tú eres lo que me pasa! Siempre eres tú —subo la voz unos decibelios, aunque me arrepiento por si molesto a los vecinos.

—Ya sé que me porté mal en casa de mis padres.

—¿No me digas? ¿Y te has dado cuenta tú solito?

—Estoy echo un puto lío, ¿vale?

—Claro que sí, porque mi vida es toda flores y corazones —continuo irónica.

—Lo siento, de verdad.

—Nada, no te preocupes. Si a mí me encanta que me mareen. Tú cuando quieras me besas, cuando no, te arrepientes y yo tan feliz.

Una vez que empiezo no puedo parar.

—Me encanta esa boca tan irreverente que tienes.

Se ríe y yo sonrío sin darme cuenta. Me ha puesto a cien.

—¿Quieres que lo olvidemos? —le pregunto, sincera.

—No. No quiero. Pero no sé si será lo mejor.

Pese a que mis emociones están librando una batalla en mi pecho y en mi estómago, no puedo pretender que él quiera lo mismo que yo. Hay sentimientos sobre los que no se manda.

—Vale. Entonces supongo que la conversación ha terminado.

Se levanta para ir a la puerta y yo lo sigo reticente.

La abre.

Un paso más y estará fuera de mi vida.

Vamos Leni, ¡échale valor al asunto!

NICO

Tengo la mano sobre el picaporte. Puedo girarlo y salir corriendo, puedo dejar todo esto atrás, ella me ha ofrecido la salida fácil, ¿por qué no lo hago? Se supone que no quiero nada serio, que nadie podría atravesar mi coraza y, sin embargo, ella lo ha hecho de una forma tan sutil, que no me he dado ni cuenta. Solo me descubro a mí mismo queriendo más. Queriendo que me replique y que se ruborice, queriendo rozarla y ver cómo se le eriza el vello por mi contacto... Joder. Estoy loco.

Hago el amago de moverme cuando sus brazos me rodean por detrás para no dejarme ir y, aunque al principio me resisto, acabo poniendo mis manos encima de las suyas. Lentamente, me voy dando la vuelta hasta que quedamos frente a frente y entonces la cojo de los brazos y la empujo contra la puerta.

—Vas a ser mi perdición, chispitas.

La beso apasionadamente, mucho más de lo que lo hice en casa de mis padres. No le doy tregua. Le pido, le exijo. No la dejo casi ni respirar.

Mi lengua enredada en la suya. Nuestros labios moviéndose al unísono. Mis manos en su cintura y en su pecho. Las suyas en mis nalgas. Esto no puede acabar bien.

La acorralo entre la puerta y mi cuerpo, pidiéndole más.

—No tengo fuerzas para seguir alejado de ti —digo a sus ojos cristalinos.

—No lo hagas.

Noto cómo le tiembla el pulso, acelerado, mientras tira de mí hacia el dormitorio.

Nos quitamos la ropa con urgencia y nos tumbamos en la cama. Ella está completamente desinhibida y me encanta. Esta mujer comedida y delicada delante de los demás, en realidad es pasional, ardiente e irresistible en la intimidad. Comienzo a colmarla de besos y caricias. Los preliminares siempre me han parecido muy importantes. Quiero tenerla dispuesta y preparada para lo que nos espera. Debajo de toda esa ropa de repipi que se pone, tiene un cuerpo increíble. No logro comprender cómo no la he visto antes.

Es jodidamente perfecta.

—Adoro tenerte entre mis brazos, chispitas —le digo, desarmándola por completo.

Bajo hasta sus pechos y me deleito en ellos. Chupo un pezón y otro y continuo bajando. Ombligo, vientre, muslos, todo es poco, hasta llegar a donde quiero ir. Beso un tatuaje que no sabía que tenía y doy unos certeros lametones a su clítoris. Cada vez que lo hago, ella se estremece y yo ya estoy duro. Compruebo si está mojada, metiéndole un dedo que me demuestra que sí.

—Estás empapada.

—Es por ti —responde, jadeando.

Me levanto a coger un preservativo y contemplo la escena. Elena está tocándose. Me cruzo de brazos y la dejo hacer unos segundos, pero al final me pone tan cardíaco que me tumbo encima de ella.

—Solo yo voy a terminar el trabajo que he empezado.

Asiente, sonrojada y cuando la penetro con determinación, el mundo entero encaja en su lugar.

Doy estocada, tras estocada. La coloco de mil formas diferentes. Subo sus piernas, para llegar más profundo. Le doy la vuelta y ella se agarra al cabecero de la cama.

—Dime cómo estás.

—Sigue, Nico. No pares nunca.

—Voy a correrme. ¿Dónde quieres que lo haga?

—Dentro de mí.

Doy unas estocadas más y me vacío en el preservativo, aunque sigo moviéndome para aumentar el placer.

Cuando mi respiración se ralentiza, paso mi mano por su cuerpo, acariciándola suavemente. Tiene la cara en tensión.

—¿Qué te pasa? —pregunto, preocupado.

—Nada, ha sido perfecto —me contesta, pero hay algo raro.

—¿Tú no has terminado? —intuyo por su expresión.

—No —dice, nerviosa— pero no te preocupes, me ha encantado.

—De eso nada, chispitas. El juego no se acaba hasta que terminamos los dos.

Bajo de nuevo sobre ella, acercándome a su centro de gravedad.

—No es necesario que lo hagas, Nico.

—Shh. Cállate.

Vuelvo a besarla ahí, a lamer todo lo que me da y yo, que otra vez estoy duro pero quiero pensar en ella y en sus necesidades, me paro en seco.

—Pídemelo.

—¿Qué?

—Pídeme que haga que te corras —introduzco dos dedos en ella.

—Hazlo, por favor.

—Pídemelo sucio, Elena.

—Haz... haz que me corra, joder —me pide finalmente tapándose las manos con la cara, completamente ruborizada.

Y lo hago.

Joder si lo hago.

En dos succiones más la tengo corriéndose en mi cara.

Me ha excitado muchísimo y ya quiero hacerlo de nuevo.

—Ha debido gustarte mucho... tú no dices palabrotas.

—¿Tan bien crees que me conoces? —me pregunta, ahora sí, satisfecha.

Y estoy empezando a creer que sí y a ver que hay mucho más en esta chica de lo que se ve a simple vista.

—Me encanta que te ruborices por lo que te hago.

Ella sonrío y termina riéndose a carcajadas, supongo que por los nervios. Su risa llena toda la habitación.

—Tengo algo que confesarte —me dice, y se apoya en mi pecho.

—Tú dirás —le acaricio el pelo con ternura.

—Siempre me has gustado, ¿sabes?

—¿Cómo? —me inclino hacia ella para que mire.

—Está mal que yo diga esto, pero me fijé en ti hace mucho tiempo, Nico.

—¿Cuándo?

—¿Te acuerdas cuando nos conocimos? ¿En uno de mis cumpleaños, cuando Valeria te trajo porque Olfó no la podía llevar?

Recuerdo ese día vagamente, hace ya muchísimos años. Antes de todo.

—Sí. Lo recuerdo —ella se esconde en mi pecho de nuevo.

—Ya no haces ese gesto.

—¿Qué gesto?

—De dolor. Como si te estuvieran dando un puñetazo en el estómago. Hacías ese gesto cada vez que la mencionaba.

—Creo que tú me has ayudado a superarlo —me sonrío— no solo por esto, aunque el sexo ha sido fantástico, sino por tus palabras del otro día. Creo que he estado muy ciego, chispitas.

—Bueno, como dice Cris, de una relación así no sales entero.

—Lo sé —la aparto para subirme de nuevo encima de ella— por eso creo que deberías seguir ayudándome.

Le sujeto los brazos por encima de la cabeza y le muerdo el cuello y los pechos.

—Esta vez, déjame a mí —me dice y me flipa que sea ella la que tome el control de la situación. Me gusta que esté segura de sí misma.

Cambiamos las tornas y me tumbo de espaldas sobre el colchón. Lame mi cuello y sopla encima. Noto cómo se me pone la piel de gallina y me late el corazón desbocado. Besa mi pecho y sigue bajando. Coge mi miembro entre sus manos, lo acaricia y se lo mete en la boca, mirando mis reacciones a través de sus ojos cristalinos.

Y me lleva al límite, donde pierdo la razón.

Capítulo 11

ELENA

Mi mente calenturienta se imaginaba que Nico era fogoso, pero esto... guau. Ha sido la noche más increíble de mi vida. Y la mañana. Me ha despertado con besos húmedos y ha metido la cabeza entre mis piernas, haciéndome vibrar. Luego me hizo suya entre besos y caricias. Fue una pasada. Con él me sentí libre y segura de mí misma. Me desnudé ante él con una facilidad... de la que hace unos días no habría sido capaz y esta confianza en mí misma se la debo a Alessio. He salido tanto de mi zona de confort que se han desdibujado las líneas, pero eso es bueno. Por fin tengo lo que quiero.

Sin embargo, me quedo un poco pensativa al caer en la cuenta de que, en muy poco tiempo, han habido dos chicos en mi cama y, por más que me hayan gustado esas dos experiencias, no puedo estar con dos chicos a la vez, esa sí que no soy yo, de ninguna de las maneras.

Nico se ha quedado a desayunar conmigo y hemos estado juntos hasta poco antes de que comenzara su trabajo en la cafetería. Apenas hemos dormido, porque le tocaba turno de mañana. Al irse, se ha despedido con un beso y yo me he derretido otro poquito.

Hoy salimos de fiesta. Hace semanas que no lo hacemos por todo lo que ha habido a nuestro alrededor y nos vendrá bien una juerga.

Comenzamos en el Manhattan, echando la tarde, jugando a la *Jenga* y al parchís con unas cervezas. Al llegar, Nico me ha cogido de la cintura y me ha dado un beso en la mejilla, diferente a como lo suele hacer, sí, pero ese cambio ha sido solo perceptible para mí. De momento, nadie más lo sabe y me gusta que sea así, me gusta que compartamos este secreto. Se le ve feliz y quiero pensar que es un poco por mí, aunque nadie lo sepa.

Su mirada se posa en mis ojos demasiadas veces y su risa hace que mi pecho se llene y mi cuerpo se estremezca por lo que hizo sentir ayer. Me sigue pareciendo mentira.

Luego vamos a comer unas pizzas y él se sienta a mi lado. Lo hace todo de forma tan sutil que nadie se da cuenta, pero a mí me está poniendo muy caliente. Posa una mano en mi rodilla, por debajo de la mesa y comienza a subir... madre mía. Yo me pongo a hablar con las chicas, pero no le aparto la mano, me encanta lo que me hace.

Cuando terminamos de cenar, dividimos la cuenta entre todos y nos dirigimos al *Copa's*. Me acerco a la barra para pedir un *Vodzka* con zumo de naranja y me vuelvo a contemplar a la pandilla. Todos ríen y algunos ya están bailando, cuando por la puerta aparece Oliver. ¡No me lo puedo creer!

Va directo hacia el sillón en el que Valeria está hablando con María y yo me acerco para cotillear.

—Valeria.

Ella mira por encima de su hombro y se le abren los ojos como platos.

—¿Oli?

Se levanta, y ambos se acercan pero no hay muestras de cariño. Sé que estaban un poco

enfadados. Val porque él no viniera a verla después de lo de Chiqui y Oli por las constantes visitas de Nico.

—¿Esto es cosa tuya? —le pregunta Val a Olfo y este se encoge de hombros.

—Ya no había quién te aguantara, primita.

Ella frunce los ojos, pero se gira hacia Oli de nuevo.

—¿Me sigues queriendo? —le pregunta ella con la boquita pequeña.

—Nunca he dicho que haya dejado de quererte —le dice Oli con tristeza— ¿por qué crees que estoy aquí?

—Entonces, ¿por qué no me besas?

—Porque no puedo —le dice él y sé que esas simples palabras esconden mil sentimientos.

—Pero, ¿quieres?

—Siempre —ella le pone los brazos en el pecho. Es como ver una composición a cámara lenta, ¡qué tensión! —Dijiste que nunca más ibas a echarme de tu vida, Val.

—Lo sé, cariño.

—Todo o nada, ¿Recuerdas?

Ella asiente, le coge la cara y pasa sus dedos por debajo de los ojos verdes de Oliver, repasando sus ojeras y de pronto, dice algo que nos deja a todos perplejos.

—¿Quieres casarte conmigo?

Estamos flipando, mirándonos unos a otros y mirándolos a ellos. Y, aunque lo quiero evitar, irremediamente, me fijo en Nico, pero no puedo descifrar su expresión. Está muy serio, con el ceño fruncido y muy concentrado en la pareja. Creo que esto nos ha reventado la burbuja de la felicidad que nos rodeaba desde anoche y no sé qué consecuencias va a tener para nosotros.

Oliver tiene los ojos como platos, tampoco se esperaba esto. Ninguno lo esperábamos. Me pregunto cuánto tiempo llevaría Val macerando esta idea o si ha surgido espontáneamente, por el calor y la sorpresa del momento.

—Eso no me ha sonado muy romántico que digamos... —dice Oliver.

—Oli, por favor.

De pronto, a ambos les sale una sonrisa increíble en la cara. Se conocen muy bien.

—Siempre he sabido que eras una caja de sorpresas.

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto, quiero que sigas sorprendiéndome el resto de mi vida.

—Dios, cuánto te he echado de menos.

Se besan, un poco indecorosamente, ¡qué se vayan a un hotel! Y luego se giran para que todos los felicitemos.

Nico es el último que se levanta, le da un apretón de manos a Oliver, un beso en la cabeza a Valeria y desaparece por la puerta. A mí ni siquiera me mira.

Le pedimos champán a Gema, la dueña del local, para brindar por nuestros amigos y nos ponemos a charlar ¡otra boda a la vista! aunque en mi fuero interno, no puedo dejar de estar preocupada por Nico... y por mí. También un poco por mí.

NICO

Estoy dando vueltas en la puerta, de un lado a otro, sopesando hasta qué punto me molesta lo que acaba de ocurrir o si lo hace en absoluto. Hace unas semanas, se me hubiera caído el mundo

encima pero, ahora mismo no siento que duela, y eso me molesta aun más. ¿Qué me está ocurriendo?

—Mmm... Hola.

Genial, el niño.

—¿Qué pasa?

—Nada, me preguntaba... ¿cómo estás, tío?

—De puta madre. ¿Te ha dicho Valeria que me hables?

—No, de vez en cuando tengo iniciativa propia y tal...

Se está burlando de mí el cabrón.

—Pues, ¿qué quieres entonces? Ya te he dado la enhorabuena.

—Lo sé tío, solo... has pasado mucho tiempo con Valeria este mes.

¿En serio está diciéndome eso? Hay que tenerlos bien puestos.

—Necesitaba a un amigo y tú no estabas.

—He vuelto para quedarme. No pienso irme a ninguna parte.

—Me parece bien. ¿Algo más?

—No. Solo quería dejar claro ese punto.

Me gusta que luche por lo que quiere. Es lo mismo que debería hacer yo.

—No sigo enamorado de ella, si es lo que te preocupa, pero siempre me tendrá ahí cuando me necesite, ¿te queda claro?

—Clarísimo y no me importa. La familia tiene que estar cerca.

Que me considere familia de Valeria... como yo también lo hago. Qué hijo de puta el niño.

—¿No estarás intentando caerme bien?

—Oye, tío, que yo no te he hecho nada.

—¿Nada? ¡Me quitaste a mi chica!

—¡Yo no te quité a tu chica! Cuando yo la conocí ni siquiera era tuya. No sé por qué pagas conmigo unos sentimientos que ni Valeria ni yo podíamos controlar.

Y tiene razón porque, echando la vista atrás, y aunque Valeria era mi mejor amiga, realmente nunca fue mía. Ahora me doy cuenta. Bueno, creo que me di cuenta hace unas semanas, aunque todavía hoy no sea capaz de decirlo en voz alta. Joder.

Le tiendo la mano para estrechársela, cerrando con alivio uno de los capítulos más dolorosos de mi vida.

—Vamos dentro y te invito a una copa —me dice el niño. No voy a dejar de llamarlo así porque nos hayamos reconciliado.

—Vamos.

Entramos en la discoteca y la pandilla nos mira extrañada. Creo que están buscando signos de pelea, algún moratón, los nudillos rojos o algo. Qué cabrones son todos.

Diviso a Elena, sentada al lado de Lola y me acerco a susurrarle al oído.

—No te vayas esta noche sin mí.

Me mira un segundo y responde.

—No lo haré.

Luego me vuelvo hacia Olfó, que me está mirando perspicaz.

—Te veo muy bien, tío —me dice señalando a Elena con la mirada —te gusta y tú le gustas a ella.

—No sé de qué me hablas, capullo condescendiente.

—Tengo buena vista para estas cosas.

—El niño ha ido a pedirme una copa —cambio de tema.

—Ha debido de ser una conversación interesante.
—Es gilipollas, pero vamos a tener que aguantarlo —me encojo de hombros.
Sobre las cinco de la mañana, todos nos vamos a casa.
—Leni, ¿te llevamos? —le pregunta Valeria, que se va con Oliver.
—Yo la llevo —me ofrezco, ignorando la sonrisita de suficiencia de Olfo, que ni puede ni quiere reprimir.
Al final sí que va a tener buena vista el cabronazo.

Capítulo 12

ELENA

Nico aparca cerca de mi casa, pero no dice nada durante el trayecto, solo pone una mano tranquilizadora encima de mi rodilla y yo, que estoy tentada de preguntarle por todo lo ocurrido, también me callo. No sé si me gustarían sus respuestas.

Subimos, también sin palabras y, cuando cierro la puerta, me aprisiona contra ella y me besa.

—He querido hacer esto desde que te vi esta tarde.

¡Madre mía!

—Nico...

—Estás muy follable con ese vestido.

Me pone mucho que sea tan soez. Dice palabras que yo no me atrevo a pronunciar en voz alta. Encajamos como las piezas de un puzzle bien hecho.

—Tú también, Nico —se ríe y yo gimo de placer por la mano que acaba de meter dentro de mis braguitas.

—Quiero saber qué te gusta, chispitas, quiero conocer cada rincón de ti, explorarte entera.

Nos vamos hacia el sofá sin encender la luz y él saca mi vestido por los brazos antes de tumbarme.

Baja mi sujetador y comienza a pellizcarme el pezón, lo que da una descarga directamente en el centro de mi cuerpo y también en mi vientre.

—Eso me gusta, Nico.

Estoy atrapada por el peso de su cuerpo y me sorprendo a mí misma rogándole por más. Quiero todo de él.

—Dime qué más te excita.

Le cojo la cabeza entre las manos y lo bajo suavemente hasta que su boca está justo donde la quiero, a la altura de mis braguitas.

Su risa reverbera en mi centro, haciendome cosquillas.

Muy sutil, Elenita.

—Pídemelo. Sucio, Elena. Quiero escucharte pedirme que te coma entera.

Su mirada se clava en la mía y yo... yo no puedo decidir si tener el infarto en ese momento o ya más cómoda luego. ¡Qué vergüenza! Nadie nunca me ha hecho sentir así tan solo con una mirada.

—Quiero... —dudo, pero él me aprieta el muslo y me besa el vientre, dándome la confianza para seguir— quiero que me comas, Nico. Quiero que me beses y que me... que me folles.

Me ruborizo de la cabeza a los pies. Pero lo hace. Me da todo lo quiero sin tener que volver a pedírselo. Me hace suya incluso con una mirada y yo... tiemblo por la intensidad.

¡Gracias, Universo! ¡Te debo una!

El domingo lo dejo desayunando en mi casa mientras me preparo para ir a almorzar con mis padres al club. Estoy en un sueño del que en cualquier momento me voy a despertar y da un *pelín* de miedo.

NICO

Salgo de casa Elena, aturrido por todas las emociones que sentí anoche.

Valeria se casa y todavía me pregunto por qué no me molesta como debería.

El niño reconciliándose conmigo y a mí pareciéndome, incluso, buena gente.

La mirada perspicaz de Olfo, que es un puto sabelotodo.

Y el cuerpo de Elena. Y su actitud. Su forma de hacer que se me olvide hasta mi puto nombre. La paz que me abrigó al despertarme con ella. Sus paseos de un lado a otro para arreglarse mientras yo la miraba a través de mi desayuno. La familiaridad con la que me ha dejado esta mañana en su casa, para que yo me vistiera sin prisas y me fuera cuando quisiera.

El desconcierto. Joder.

Esa incertidumbre que cada vez siento menos y la seguridad que se abre paso a través de ella.

Eso es lo que más preocupa.

Paso por mi casa para ducharme y voy a la cafetería. Hoy hago turno de tarde y mis fans ya me están esperando. Son un grupo de ancianas, muy simpáticas y extrovertidas, que vienen a tomar café todas las tardes. Yo solo las veo los fines de semana que me toca ir por las tardes y, se alegran tanto de verme que, sin duda, puedo decir que constituyen la mejor parte de este trabajo.

Al terminar mi jornada laboral, decido llamar a Mónica para cortar con ella, está claro que no podemos volver a quedar porque yo quiero seguir viendo a Elena y no soy tan cabrón como para estar con dos tías a la vez. A mí Valeria me hizo eso, y me provocó un daño irreparable.

Por suerte, no se lo toma demasiado mal, ya está acostumbrada. Son muchos años de idas y venidas e, igualmente, ambos sabemos que no podemos ser pareja. En el plano sexual, nos entendemos muy bien, pero personalmente, chocamos bastante.

A partir de este día, Elena y yo invadimos uno la vida del otro y no me preocupa en absoluto, soy feliz.

Nos encontramos todas las tardes que podemos después del trabajo, y cada tarde nos vamos juntos a casa, ajenos a todo lo que está por venir.

Capítulo 13

ELENA

Desde el momento en que Nico y yo nos acostamos, sé que de ninguna manera puede volver a pasar nada con Alessio. Así que hoy a última hora, antes de encontrarme con Nico, lo busco en su despacho para cortar lo que sea que había entre nosotros.

Me lo encuentro sentado, con la corbata aflojada y una copa de un líquido ambarino en la mano. Es muy raro verlo bebiendo en el trabajo.

Lo miro durante un minuto, mientras él tamborilea con los dedos encima de la mesa. Está muy sexy, es un hombre imponente y, en otras circunstancias, me encantaría continuar lo que empezamos, pero tengo que ser honesta, con él, conmigo y con mis sentimientos.

—Aless —pego en la puerta captando su atención— ¿puedo pasar?

Levanta la vista de su copa y me mira atormentado.

—No es un buen momento, Elena.

—No te quitaré mucho tiempo.

—¡Te he dicho que no es un buen momento! —me grita y me pongo alerta—. Mi cometido no es arreglar tus errores ni ser tu mentor. Si tienes un problema, resuélvelo sola o habla con Isabella, que vuelve mañana.

Se pone de pie, intimidándome y siento la necesidad de dar un paso atrás. Pues si Isabella es la buena... no me quiero imaginar lo malo que puede llegar a ser Alessio.

Él ve que me achanto y le cambia el rostro. No pienso irme sin saber qué le ocurre ni sin hacer eso para lo que he venido.

—Perdona mis modales, *cara mía*. No es un buen día.

—¿Qué te pasa?

—Esta mañana he tenido que ir a por Dani al colegio, había unos niños metiéndose con ella. A veces siento miedo, ¿sabes? es tan noble, tan educada, que temo que no sepa defenderse.

Se me parte el corazón. Dani es tan buena, tan bonita... y los niños pueden ser muy crueles.

Me acerco a él, le cojo la mano y se la aprieto.

—Yo no me preocuparía, estoy segura de que podrá con todo.

—Me recuerda un poco a ti —me sonrío—, ¿qué querías?

Suspiro y lo suelto.

—No sé si esto empeorará tu día... tengo que romper contigo. Bueno, lo que había entre nosotros, sentimentalmente hablando —me corrijo.

Se ríe.

—¿Ya? Has tardado menos en hacerlo de lo que pensaba —me dice y yo me quedo mirándolo con el ceño fruncido esperando a que se explique— mi vida no es fácil, Elena, y yo no soy para ti. Pero ha sido divertido, ¿no crees?

Se deshace el nudo de mi estómago cuando veo lo fácil que me lo ha puesto.

—Sí que lo ha sido.

—Gracias, *cara mía*.

—¿Por qué?

—Por haberme dado esperanza. Eso es algo que un hombre como yo no aspira a tener.

—¿Por qué dices eso? Tú eres estupendo, Aless.

—Algún día encajarás todas las piezas y comprenderás por qué lo digo. Todavía no eres consciente de cuánto me has ayudado, pero te lo agradezco infinitamente.

Salgo de allí con la sensación de vacío en el cuerpo. No comprendo cómo Alessio se ve de esa manera, cuando yo lo veo de forma completamente diferente. Solo espero que algún día encuentre a su persona.

No más de un año después, todas las piezas encajaron de una forma tan cruda, que agradecí

que no me lo hubiera explicado en ese momento.

Pero esa es un historia diferente, que no me corresponde contar a mí.

Capítulo 14

ELENA

Llego a casa y me cambio, hoy salgo a correr con Nico. Llevo varias semanas intentando convencerlo de que retome su hábito y así yo me ahorro el gimnasio al que nunca voy.

Me coloco unas mallas de deporte y una camiseta de manga corta y bajo al portal, donde él ya me espera. Me recibe con un beso, vestido con un chándal negro. Me maravilla lo perfecto que me parece ahora mismo.

—¿Lista, chispitas?

—Lista.

—Muy bien, lo primero que vamos a hacer es estirar un poco para que no nos dé un tirón.

Nos pegamos al banco, el mismo en que aquella vez lo vi sentado hace ya más de un año, y comenzamos los estiramientos. Cómo nos ha cambiado la vida desde ese momento.

Me río sin querer. Me hace mucha gracia la situación.

—¿Te estás riendo de mí?

—No —muevo la cabeza intensamente— ya sabes que soy de naturaleza simpática —él se ríe también, me besa y termina haciéndome cosquillas—. ¡Nico!

—No me provoques, chispitas.

—Vale —sonrío.

Hacemos algunos estiramientos más y comenzamos a correr. Primero lento y luego más rápido, cogiendo un ritmo muy bueno.

—¡Tú corre como si te estuvieran persiguiendo! —me grita, adelantándose.

Cuando veo que casi lo voy a alcanzar, se para en seco y yo me choco contra él sin querer.

—¿Qué pasa?

Y así porque sí, porque a veces el destino tiene una forma curiosa de reírse de nosotros, nos encontramos con la ex de Nico y, no señores, no es Valeria.

Es Sandra.

Lo sé porque, después de su primera reacción, que ha sido quedarse de piedra, se ha movido en su dirección exclamando ¡Sandra! ¡Qué alegría verte! Y se han dado un abrazo.

Se que hace tiempo que no tienen contacto y que rompieron de mutuo acuerdo, Valeria me lo explicó y yo registré esa información en mi cabeza. ¿Quién me iba a decir que alguna vez la necesitaría?

No es que me extrañe que se lleven bien, ha sido su relación más larga, pero mi cuerpo no tiene almacenada la seguridad que necesita para enfrentarse a esta situación con elegancia, así que me autopresento.

—Hola —le tiendo la mano, metiéndome entre ellos— soy Elena.

No me ha quedado muy educado, pero es que estamos hablando de una chica preciosa, rubia, con labios carnosos, tan alta como Nico y unos ojos color caramelo que harían las delicias de cualquiera. Hasta Val se sentía intimidada por ella y, ahora que la veo, no me extraña.

—¡Hola! —me saluda simpática, afable y se vuelve a interrogar a Nico con la mirada.

—Elena es una amiga. Hemos salido a correr.

Pues muy bien todo.

—¡Qué bien! A lo mejor me apunto yo un día que estoy echa un asco.

No sé si lo dice en serio, pero no habría ni un solo hombre, o incluso mujer, en este mundo que le diera la razón.

—Yo te veo estupenda —sus ojos están fijos en ella y yo me hago pequeñita. Odio sentirme así de nuevo.

—Eso lo dices porque me quieres —le saca la lengua— llevo una rachita, cielo...

¿Cielo? Se me termina de caer el alma a los pies.

—¿Y eso? ¿Qué pasa?

—Acabo de cortar con mi novio, que no me preocupa por que era un poco gilipollas — mueve la mano quitándole importancia—, pero es que encima estoy buscando trabajo.

—¿Qué pasó con la oficina donde estabas?

—la han cerrado. *El señor Miyagi* se ha jubilado.

Vale, encima tienen sus bromas privadas. Estoy ya un poquito superada por las circunstancias, cuando Nico se vuelve a darme explicaciones.

—Sandra y yo nos conocimos haciendo las prácticas. Ella es decoradora y coincidimos en el mismo despacho de arquitectura.

—Sí —me confirma ella—, él se fue cuando terminaron los seis meses de contrato y a mí me hicieron fija. Hasta ahora, claro.

—Vaya, lo siento —alcanzo a decir, pero en mi interior bulle una idea—. Tengo un cliente al que le está resultando muy difícil instalarse. Tiene que organizar su casa personal pero también las oficinas. Quizá le interese contar con una profesional.

—¿De verdad? —dice Sandra esperanzada y Nico me mira con una media sonrisa.

Me encojo de hombros.

—Por intentarlo, no perdemos nada. Mañana lo llamo, apunta mi teléfono y te cuento.

Nos despedimos de Sandra, que por magia del destino encima me ha caído bien. Además, dicen que a los enemigos hay que tenerlos cerca.

Nico me coge de la mano mientras caminamos y me la aprieta con tanta fuerza que tengo que volverme para mirarlo. Está sonriendo descaradamente.

—Eso ha sido muy amable, chispitas.

—Se ve buena chica —le digo, reticente.

—Lo es. Espera —frunce el ceño al ver mi expresión—. ¿Estás celosa? —se ríe— no tienes de qué preocuparte. Sandra y yo rompimos porque no estábamos enamorados. Además, hace siglos de eso.

—Vale.

Se para y se ríe a carcajadas. Me siento un poco tonta.

—Estás tan guapa cuando pones esa mueca inocente y frunces el ceño —coge mi cara entre sus manos, me besa y me derrito.

—No te burles. Me has presentado como a una amiga.

—Bueno... es que no hemos hablado de qué somos. ¿Cómo querías que te presentara?

—Pues... no sé. No sé —me pego a sus labios y le susurro valiente— solo... quiero que seas solo mío.

—No me irás a hablar de medias naranjas —enarca una ceja.

—Claro que no, no soy tan cursi —aunque en realidad sí que lo soy— pero... si existieran, si habláramos de ello, tú serías la mía.

Nos quedamos mirándonos en un tira y afloja sin tregua y siento que su cara refleja los mismos sentimientos que la mía.

—Yo no soy romántico, chispitas. Yo soy más de cantar bajito y bailar despacio. De decirte guarradas al oído y besarte sin mediar palabra. De darte un abrazo cuando esté enfadado y de provocarte dejándote sin palabras.

No sabe cómo me acaba de poner... ¿Seguro que no es romántico?

Siento la profundidad de sus ojos clavados en mí y ya no hay vuelta atrás. Estoy locamente enamorada de este chico.

NICO

Anoche me quedé a dormir con Elena, lo que fue muy útil cuando me desperté a media noche y comencé a besar su cuerpo con ganas de sexo. Lo que me dijo ayer... me puso a mil y lo bien que se portó con Sandra, a la que sigo teniendo tanto cariño... sin palabras. Lo que con Valeria hubiera supuesto una pelea de semanas, Elena lo resolvió de una forma tan elegante, que creo que me enamoré un poquito de ella. Putas medias naranjas.

Joder.

Me encanta su forma de ser, cuánto me hace reír. Con ella se ve el mundo de una forma diferente y no da miedo... da esperanza.

Necesito ver a mi psicólogo particular así que, cuando salgo del despacho, paso por casa de Olfó. Por suerte, él ya está allí.

Saludo a mi pequeña Nerea y a María con un beso. Olfó me pasa una cerveza y nos sentamos en el sofá.

—Tío...

—¿Qué pasa?

—Estoy saliendo con Elena —admito, tanto para mí como para él.

—¡Lo sabía! ¡María, me debes cincuenta euros!

—¿Habíais apostado, mamones?

—Los dos sabíamos que os ibais a acabar liando, hemos apostado al tiempo que ibais a tardar.

—Sí, yo dije tres meses y Olfó uno —se encoje de hombros— parece que se ha acercado más él —me da un puñetazo en el brazo— ¡te podías haber echo el gilipollas un poco más!

Yo alucino con estos dos. No me extraña que se lleven tan bien, son igualitos.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

—¿Se lo habéis dicho a Valeria?

—Yo no, y creo que ella tampoco, aunque no lo hemos hablado.

—Tenéis que decírselo, Nico. Se va a alegrar, seguro.

—Sí, encima está cagando flores desde que volvió Oliver, no la vas a pillar en mejor momento.

—Está bien, pensaré la mejor forma de hacerlo.

Capítulo 15

ELENA

Esta mañana he llamado a Fabio para proponerle que Sandra trabaje con él. Me ha dicho que le interesa, porque se quitaría un gran peso de encima, así que los cito a los dos esta tarde en la oficina para que se conozcan.

Y aquí estoy esperándolos cuando escucho un revuelo. Salgo de mi despacho y comprendo qué es lo que capta la atención de mis compañeros. Sandra. Marcos la mira embobado y veo como Mar le da un pequeño golpe a Benjamín en el brazo para que aparte la mirada. Es muy guapa y no puedo dejar de sentir una pequeña punzada de celos, aunque la entierro en lo más hondo. Nico me ha dejado muy claro que no es a ella a quién quiere. Aunque tampoco me ha dicho claramente que sea a mí, pero estamos juntos. O eso quiero creer. Sé que él no estará viendo a nadie más porque entre sus dos trabajos, sus amigos y yo, ni siquiera sé cuándo encontraría tiempo.

—¿Qué ocurre? —Val sale de su despacho y fija su atención en Sandra, siguiendo el curso de mi mirada.

—¿Sandra? —le da dos besos cuando se acerca a nosotras. Ella ya la conocía de antes.

—¿Valeria? ¡No sabía que trabajabas con Elena!

Mi amiga me mira suspicaz.

—Y vosotras, ¿de qué os conocéis?

—Nos presentó Nico.

—Sí —salgo rápidamente en mi propia ayuda— Nico y yo salimos a correr el otro día y nos la encontramos. Sandra está sin trabajo y voy a presentarle a Fabio.

Valeria me mira que no me reconoce pero, si piensa algo, se lo calla delante de Sandra. No dudo que me lo espete después.

—Genial. Pues os dejo a lo vuestro, chicas. Me alegro de verte, Sandra.

—¡Igualmente!

Me quedo en la puerta, charlando con ella mientras esperamos a Fabio. Es muy simpática y no se le ve una pizca de maldad. No sé por qué me he hecho tan mala sangre. No tenía nada que temer.

—*Cara mía* —me dice Alessio seguido de Fabio— ¿quién es esta encantadora señorita?

Le da un beso en la mano y Sandra se presenta sola. En la mirada profunda de Alessio puedo ver que le interesa. Antes me miraba a mí así. Y, no sé por qué, diría que a Sandra también parece gustarle. Entre estos dos hay fuegos artificiales. Vamos, que Fabio tiene que carraspear para romper el momento.

—Encantado, soy Fabio Costello. Elena me ha hablado de ti.

Pasamos al despacho, donde se nos une un Alessio que no pierde detalle de la conversación. Fabio y Sandra se caen bien, y quedan en ir a enseñarle las instalaciones para coger ideas y hacer un bosquejo del proyecto. Sandra nos sorprende hablando italiano, lo que le da muchos puntos, ante mí y ante ellos, porque al presentársela me he comprometido a responder por ella y por su trabajo sin conocerla. Aunque, algo en mi interior me dice que esta chica no me va a decepcionar.

—¿Desde cuándo quedas tú con Nico? —me pregunta Val a la salida del trabajo.

Ya estaba tardando.

—Somos amigos —me encojo de hombros. Sé que tengo que contárselo ¡pero no se cómo!

—Ya veo... últimamente está muy simpático. Ha cambiado su carácter —me cuenta, sibilina — dice Olfo que es porque está saliendo con alguien nuevo.

—¿Ah, sí? ¿con quién? —pregunto sin saber si ella sabe algo más de lo que dice.

—No lo sé... pero como sois tan amigos, pensé que podrías decírmelo tú, ¿no te lo ha contado?

—No, ya sabes lo privado que es Nico con sus cosas.

Cambia la expresión de su cara y asiente.

—Lo sé muy bien... pues esta chica debe tenerlo contento porque dice Olfo que está súper majo, parece otro —no hay ni una pizca de dolor en su voz, a ella no le importa, quiere que sea feliz y, aun así, no me atrevo a decirle que ese alguien soy yo—. Te dejo, Leni, Oliver me está esperando —lo señala y yo lo saludo con la mano—. ¿Te llevamos a algún sitio?

—No, gracias, nena. Me he traído el coche.

—Vale, ¡hasta mañana!

Capítulo 16

ELENA

El sábado por la mañana Nico y yo nos levantamos juntos. Últimamente se queda a dormir en mi casa casi todas las noches y a mí me encanta. Anoche pedimos pizza, comentamos una peli y nos reímos. Mucho. Ahora lleva un rato escribiéndole a alguien en su teléfono mientras yo hago lo propio con mi madre, hasta que recibo una llamada a tres.

—¡Buenos días, loquitas! —nos dice Cris a Valeria y a mí.

—Qué pasa, niñas, ¿cómo estáis? —contesto yo, mientras Nico me interroga con la mirada. “Val y Cris” le explico, dibujando las palabras con los labios y él esboza una media sonrisa.

—Chicas —dice Val— la pandilla ha dicho de salir esta noche y Oliver y yo hemos pensado que podríamos aprovechar para hacer una fiesta de compromiso improvisada.

—¡Oleeee! ¡Me encanta la idea! —suelta Cris, emocionada.

—Sí, a mí también.

—Genial. Nico ha dicho que nos recoge para que no tengamos que conducir.

Frunzo el ceño y lo miro. Él sigue con su sonrisilla. Así que con ellos estaba hablando. Vaya, vaya...

—¿Nico y Oliver en el mismo coche? ¿Lo habéis pensado bien? —comenta Cris, que no se le escapa ni una.

—Desde el día que Oli volvió se llevan mucho mejor. Sé que hablaron, pero no quiere decirme de qué. En fin, para mí lo importante es que puedan estar en una misma habitación sin dar la nota, así que la cosa marcha.

—Yo, si el *gremlin* se porta bien y no me dan muchas náuseas, le digo a Arturo que me lleve.

—¡Espero que puedas venir, nena! ¡Ahhhhh! —grita de repente y se ríe seguramente por lo que Oli le esté haciendo— tengo que colgar, chicas. ¡Nos vemos esta noche!

—Yo también os dejo, ¡disfruta lo que estés haciendo, *perraca*!

Y, aunque sé que han colgado, tardo unos segundos en separar el teléfono de mi oreja.

—Nico.

—¿Sí? —me pone cara inocente, pero esa mueca la he inventado yo.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—No que yo sepa... —sonríe. Maldito seductor.

—Al parecer nos vamos de fiesta hoy.

—Chispitas —me coge de la cintura, arrastrándome con él— la fiesta ya la tenemos tú y yo montada.

Nico va a su casa a cambiarse y nos recoge en el portal de Valeria, disimulando. No hemos hablado de cuándo se lo vamos a decir, ninguno de los dos saca esa conversación que ya se ha convertido en un secreto a voces.

Llevo un vestido verde de tirantes entallado, mucho más de lo que lo suelo llevar normalmente, porque me apetecía verme sexy. Nico está guapísimo, con una camisa verde agua

remangada hasta los codos y unos chinos negros. ¡Parece que nos hemos puesto de acuerdo!

Valeria se sienta delante con él y Oliver y yo nos sentamos detrás. Comenzamos a charlar y la risa de Nico llena todo el coche y también mi pecho. Está feliz y me encanta verlo así. Más de una vez me mira por el retrovisor, queriendo conectar su mirada con la mía ante cualquier comentario de Oliver y me parece que se ha formado entre nosotros una complicidad que no había sentido antes con nadie. No sé cómo nos vamos a comportar delante de la pandilla, ahora que las cosas parecen afianzadas. Tampoco hemos vuelto a hablar de qué somos, pero creo que los dos vamos en la misma dirección.

Llegamos al *Copa's* y salimos del coche. Aunque yo llevo una rebequita corta, Nico me echa su chaqueta por encima, resguardándome del frío, pese a que solo hay diez metros entre donde hemos aparcado y la entrada de la discoteca, pero ha aprovechado para besarme la nuca haciendo que toda mi piel se erice por su contacto.

¿A qué está jugando? Valeria se va a dar cuenta de que pasa algo y no se lo hemos dicho. No quiero perder a mi amiga. Eso es lo único que realmente me tiene preocupada de toda esta situación.

Por una vez, llegamos los primeros y vamos directos a la barra a pedir unas copas. Oliver se acerca a Gema y le comenta algo. A los pocos segundos, comienza a sonar una canción que no reconozco. Él le pide a Valeria que baile y ella asiente. Aunque la canción es rápida, ellos se mueven lentos. Parecen bailar una música que solo ellos pueden oír.

—¡Leni! —me abraza Cris sin darme tregua. Cuando busco a Nico, veo que está saludando a Arturo y no sé cuanto tiempo llevan aquí.

—Cris, ¡has venido!

—Nooooo —comienza a mover los brazos— soy un espejismoooo. Uuuuuu...

Madre mía, qué personaje es.

—Eres una payasa —me río y ella hace un mohín.

—Por eso me quieres. ¿Cómo te va con tu *maromo*?

—¿Con Nico? —lo señalo con la mirada. Él sigue hablando con Arturo.

—No, con Alessio. ¿Con quién va a ser? —hace una pausa— porque, espera, ¿lo dejaste, verdad? ¿O estás con los dos?

Jope, es verdad que no se lo he contado a nadie.

—Sí, sí. Lo dejé cuando Nico y yo nos acostamos por primera vez.

—Eso, ya decía yo. Sino no serías mi Elenita. Entonces, ¿estáis juntos en serio?

—Yo creo que sí, pero no lo hemos hablado.

—¿Y a qué esperáis?

—Es complicado. Todavía no se lo hemos contado a Val.

—Pues hoy tienes una oportunidad de oro para hacerlo.

—Es su fiesta de compromiso, no lo quiero fastidiar.

—Estoy segura de que se alegraría por vosotros, ¿no la ves? —la señala— se le hace el *chirri agüita* con Oliver.

—Qué ordinaria eres a veces, Cris.

—Al que no le guste, que se tape los oídos —me saca la lengua.

Llega el resto de la pandilla y nos dispersamos.

NICO

—Nico —me llama Valeria en un momento de la noche— ¿podemos hablar un momento?

—Claro.

—Ven, acompañaame fuera, quiero fumar un cigarro —esa es la única costumbre que no echo de menos de ella.

Salimos fuera y nos envuelve el aire de la noche.

—¿Qué pasa?

—Gracias por venir a la fiesta.

—No hay de qué. Somos amigos.

—Ya, pero no sé si sigue costándote verme con Oliver.

—No, Valeria. Hace tiempo que quería decirte que te perdono, pero me orgullo se ha interpuesto.

Y, joder, al decir eso no puedo evitar el suspiro de alivio que recorre todo mi cuerpo. Chispitas tenía razón, perdonarla merecía la pena.

—Te veo feliz.

—¿Sabes? —me sale una sonrisa de gilipollas— creo que lo soy.

—¿Por que estás saliendo con Elena?

Me cambia la cara. ¿Cómo se ha enterado? Se supone que tenía que enterarse por nosotros. Supongo que hemos esperado demasiado tiempo.

—¿Quién te lo ha dicho ella? ¿O ha sido Olfo?

—Tenía mis sospechas, pero me lo acabas de confirmar tú.

—Joder. Quería contártelo pero no he encontrado el momento.

—Solo necesito saber, ¿la quieres?

—Ese no es un tema que quiera tratar contigo, Valeria.

—Nico, Leni es una de mis mejores amigas, dime al menos que estás seguro de esto.

—Hace tiempo que no estaba tan seguro de abrirme a alguien como lo he hecho con ella.

Ella asiente.

—Me alegro mucho. No vas a encontrar una chica mejor.

—¿Me das tu bendición? —me río, irónico, por las vueltas que ha dado la vida.

—Lo único que he querido siempre es verte tan feliz como lo estás ahora. Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír de este modo.

—¿Cómo un gilipollas, no?

Nos reímos.

—Como yo sonrío cuando tengo a Oli a mi lado.

—¿Lo estás pasando bien?

—La noche no podría ir mejor. Prácticamente todas las personas que quiero están dentro de esta sala —y así es, porque incluso ha venido su madre con Lorenzo. Solo faltan sus tíos, que se han quedado en casa con Nerea.

Val se termina el cigarro y me abraza.

—Hemos salido muy reforzados de esta ruptura, ¿verdad? —me pregunta.

—No te quepa duda, por lo menos seguimos siendo amigos.

—Los mejores amigos.

Volvemos dentro, y me pongo a escanear la sala en busca de Elena. La encuentro hablando con Marcos y su novia Eva y me acerco a saludarlos.

—Ey, tío. ¿Qué tal estáis? —choco la mano con él y le doy un beso a Eva en la mejilla. Cuando me vuelvo hacia Elena, para echarle el brazo por encima del hombro, ya que no tenemos nada que ocultar, la encuentro con cara de circunstancias.

—Disfrutando de la fiesta —dice Eva.

—¿Sabes que esta pillina está con nuestro jefe? —señala Marcos a Elena y yo la miro incrédulo.

—¿De qué coño habla? —fijo mi mirada en ella con intención.

Es verdad que no lo hemos comentado, pero di por hecho que ella había terminado con Alessio igual que yo lo hice con Mónica el día que nos acostamos por primera vez.

—Se acaba de enterar de que tuve un rollo con Alessio, pero lo dejé hace siglos, Nico.

Me mira, rogando que la crea, pero no sé qué pensar. Valeria me la jugó cuando estuvo engañándome con el niñato y no me enteré hasta que fue demasiado tarde.

—Fabio y él lo estaban comentando el otro día en el despacho. No quería meter la pata.

Marcos se encoge de hombros, creyendo que ha dicho algo que no debe, pero a mí me ha abierto los ojos. Recuerdo que Elena seguía saliendo con Alessio después de darnos el beso en casa de mis padres.

—No has metido la pata porque no ocurre nada entre él y yo desde hace más de dos meses— doy un paso atrás—. Nico, por favor, te lo puedo explicar.

Joder, no me puedo creer que esto me esté volviendo a pasar. Salgo corriendo pero me intercepta en el coche.

—No me toques —le pido cuando va a poner sus manos sobre mí.

—Pero Nico, escúchame, por favor. No pasa nada entre Alessio y yo.

—Te has divertido pero bien a mi costa, ¿no? —la miro con desdén.

—¿por qué me tratas así? ¿no quieres estar conmigo?

—¡No puedo confiar en ti! —grito, desquiciado.

—¿Por qué? ¿porque una vez te rompieron el corazón y temes que yo vuelva a hacerlo?

—Sí —le aseguro, y me sorprende a mí mismo la sinceridad de mis palabras.

—Yo también sé lo que es eso, ¿recuerdas? No eres el único que ha sufrido.

—No es lo mismo. Tú sabes romper corazones, no lo que se siente cuando el tuyo se hace añicos en manos de otros.

Le doy un golpe demasiado bajo, incluso para mí.

—Me estás dando una muestra práctica ahora mismo —mueve la cabeza, afligida— sabes que yo nunca te haría eso.

—A lo mejor no te conozco tan bien como creía.

Y sé que esa afirmación le duele, porque su dolor es el mío, pero me doy cuenta de que hay muchas cosas de las que no hemos hablado, muchos temas de conversación que hemos evitado porque, simplemente, nos hemos centrado en nosotros sin pensar en nadie más. Quizá, no hemos pensado ni el uno en el otro.

—¿Sabes? Podría estar con Alessio, podría conocer a otro tío en cualquier momento y echarte de mi vida como tú estás haciendo ahora conmigo. Yo no tengo por qué aguantarte, ¡ni a ti, ni a tu mal humor, ni a tus inseguridades! si lo hago, es porque te quiero.

Me lo ha dicho. Ha dicho que me quiere y me da un vuelco al corazón. Pero ahora mismo necesito ser cruel, necesito poner una barrera entre sus sentimientos y yo, antes de que me destroce como lo hizo Valeria.

—Nadie te ha obligado a quererme, yo no quiero que me quieras.

—Tú también me quieres, no lo niegues. Ningún chico hace o dice lo que tus me has hecho y dicho a mí si no quiere a la otra persona.

—No te hagas ilusiones, chispitas, yo no te quiero, nunca lo he hecho, solo eres una chica a la que tiraba, un entretenimiento pasajero y ya me has dado demasiados dolores de cabeza.

Su mirada. Creo que nunca olvidaré el momento exacto en que le partí el corazón.

—Ya que alardeas de ser tan sincero, quizá deberías serlo contigo mismo, Nico, porque este querer a medias me desgasta.

Necesito salir de aquí. Me subo en el coche, no vuelvo la vista hacia atrás.

—¡Nico! —grita por encima del aire, del ruido amortiguado de la música que sale de la discoteca cuando alguien abre la puerta, pero yo ya estoy muy lejos de allí.

Regreso a casa. A mi casa que ya no parece ni mía porque llevo semanas durmiendo en la suya. Mi teléfono no para de sonar. Olfó, Valeria, Elena.

Elena.

Joder.

Cómo mierda ha podido engañarme de esta manera. Con sus medias naranjas, su mirada cristalina y su ceño inocente.

Capítulo 17

ELENA

—Nico me confirmó que estabais saliendo. Lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste tú, Leni.

Valeria, Cris y yo estamos en el Milhojas después de semana y media en que Nico no se ha dignado ni a cogerme el teléfono. He pasado por su casa, incluso por su trabajo. Nadie me da norte de él. No quiere que lo vea. No quiere que lo busque y yo necesito explicarme incluso cuando su indiferencia se me clavó en el estómago como un puñal. Fue muy duro conmigo y yo no me merecía que me hablara así.

Se me saltan las lágrimas.

—Sé que te debo una disculpa, Valeria.

—No. No quiero una disculpa. Mi bendición la tienes desde hace mucho tiempo. Lo único que me importa es que los dos seáis felices.

—Eso ya da igual, Val. Él no quiere estar conmigo.

—Nico ha sufrido mucho y sí, sé la ironía de que sea yo quién diga eso, así que ahórrate el

comentario —le dice a Cris, que está tan callada que no la reconozco—, pero también sé que es ese sufrimiento el que le ha llevado a no dejar que expliques, a cerrarse en banda. Lo que quiero saber es qué vas a hacer al respecto.

—¡Maldito Marcos y malditos cotilleos de oficina! —me pongo las manos en la cara.

—Y esa es la palabrota más fuerte que le vamos a escuchar decir —aplaude Cris.

Vale, esa sí es mi inoportuna amiga.

—Pero chicas, no hay nada que hacer, no quiere escucharme. Cree que he estado con Alessio mientras estaba con él y eso es mentira. Cris, tú lo sabes. Lo dejé en el mismo momento en que nos acostamos por primera vez.

—Entonces, haz que te escuche.

—¿Y qué le digo? ¿Sabes lo dolido que estaba contigo? ¿Lo que me costó que recuperara su sonrisa? Si piensa lo mismo de mí... ¿cómo se perdona eso?

Val me coge la mano, cariñosa.

—Yo sé que lo hice mal. Quería a Oli pero no estaba preparada para reconocerlo, por lo que seguí con Nico más tiempo del que debía, y aun así me ha perdonado. ¿Por qué crees que no lo haría contigo?

—Me dijo que no estaba enamorado de mí, Val.

Ella me escruta con la mirada.

—Leni, no me creo que pienses eso ni por un segundo.

Suspiro cansada.

—Solo sé que añoro sus besos, sus abrazos, su sonrisa y todo lo demás que es él.

—Qué romántica eres, hija —comenta Cris, que es la *quita hierros* de todos los asuntos.

—Está bien, ¿Qué puedo hacer?

—Mmm, chicas —nos dice Cris, levantando un dedito— yo tengo un plan.

Por eso ha estado tan callada. Le encanta hacerse la interesante y poner la guinda del pastel... y por eso la quiero tanto.

Capítulo 18

NICO

—Nico, o nos abres la puerta o la echamos abajo. ¡Tú decides!

—¡Hemos llamado a los bomberos!

Olfo y Valeria gritan detrás de la puerta y me obligo a levantarme del sofá y abrirles.

—¿Qué hacéis aquí?

—No coges el teléfono.

Entran a mi casa en tropel y comienzan a abrir las ventanas, airear el salón y recoger cosas.

—No he pedido servicio de limpieza, ¿queréis dejarme en paz?

—Eres idiota —me dice Valeria con un dedo acusador en mi pecho—. Elena sería incapaz de hacerte lo que piensas que te ha hecho y tú estás siendo un capullo integral con ella.

—Vete a la mierda —le espeto y me trago la mirada amenazadora de Olfo.

—Yo lo hice —me dice con un gesto de dolor— yo jugué a dos bandas, yo te hice daño, ¡págalo conmigo, joder! —me empuja— ¡pero no pierdas a la mejor chica que va a pasar por tu vida!

—Tío, reacciona. Date cuenta de lo que vas a perder y haz algo para remediarlo, antes de que sea demasiado tarde.

¿Tendrán razón? Estoy hecho un puto lío. Quizá debería haber dejado que se explicara. Quizá no tendría que haberme ido como fui ni haberle soltado toda la mierda que le dije... pero en ese momento estaba abrumado. No quería escuchar a nadie y mucho menos a ella.

—No sé si ya es tarde para echarme atrás.

Val y Olfo se miran.

—Tienes que ver algo.

Valeria saca su móvil y me pone un vídeo. Sale Elena, y está tan guapa que duele mirarla.

Hola, Nico. Como al parecer te has escondido debajo de las piedras para que no te encuentre, le he pedido a tus mejores amigos que te hagan llegar este vídeo. Porque sí, te conozco muy bien, y sé que aunque a mí me cierres la puerta, a ellos siempre los dejarás entrar.

Me fijo en las bolsas de sus ojos, en su cara de cansada, pero sobre todo me fijo en sus palabras y en la verdad que traen consigo.

Puedes preguntarle a Alessio cuándo rompimos si no te fias de mí, pero fue después de nuestra primera noche. Yo ya sabía que te quería, desde hace más tiempo del que estoy dispuesta a admitir delante de Valeria. El hecho de que tú te fijaras en mí fue..., fue alucinante. Creía que en cualquier momento se iba a acabar, que me despertaría del sueño y, al final, lo que ha ocurrido es que el sueño se ha convertido en pesadilla.

Su dolor hace que mi corazón, ese que creía perdido, se parta en mil pedazos. Odio esta mierda.

Dijiste que no me querías y puede que sea verdad. Puede que todo haya sido una ilusión de mi cabeza, porque Dios sabe que me encanta montarme películas y mis favoritas son las de Disney —se ríe pero su risa es triste, apagada— Pero si no es verdad, si me estabas mintiendo, piénsalo por un segundo, por favor, ¿me merezco yo esto, Nico? Párate siquiera un segundo a pensar en el daño que me hiciste con tus palabras. ¿Mereció la pena? ¿O estás tan destrozado, como yo?

Se calla.

No dice nada.

Y yo me desespero.

Si estás enamorado de mí —se le quiebra la voz— si alguna vez lo has estado, te espero en la plaza que hay junto a mi edificio. Estaré allí toda la tarde. Si vienes, podremos hablar. Si no vienes, entenderé que no me quieres en tu vida y te desearé la mayor felicidad del mundo, aunque no sea a mi lado.

El vídeo se corta y yo me quedo perplejo. He sido un puto gilipollas. En este momento sé que le concedería todo lo que ella me pidiera. Tengo que buscarla.

Capítulo 19

ELENA

—¡Elena!

Cuando lo veo aparecer se deshace el nudo que tenía en el estómago. Viene vestido con un vaquero y una camiseta gris. Lleva el pelo revuelto y unas grandes ojeras se le marcan debajo de los ojos.

—¡Nico! —Exhalo un suspiro.

Estoy parada en el banco donde lo vi aquél día, en el que más de un año después hicimos los estiramientos, frente a la casa que nos ha visto comernos el uno al otro y ha aparecido. ¡Ha venido por mí! No estaba segura de que lo fuera a hacer, pero aquí está.

Se para frente a mí y coge mi cara entre sus manos. Yo apoyo mis manos en sus brazos, agradeciendo el contacto.

—Lo siento, siento haber estado tan jodido y arrastrar cosas de la relación anterior a esta.

—No te preocupes, cariño. Lo importante es que estás aquí —le digo, enamorada.

—Pero no te lo merecías. Tú eres tan buena, tan noble, tan leal. Soy un jodido gilipollas.

—Nico, no digas palabrotas.

Se ríe.

—¿Me quieres? ¿quieres mi amor? Te lo doy. Te concederé todo lo que me pidas, pero tienes que estar dispuesta a protegerlo con tu vida —me dice, mirándome fijamente a los ojos.

Y le contesto con la única respuesta posible.

—Lo protegeré como si fuera el mío propio.

—Vámonos a casa, chispitas.

Epílogo

ELENA

Al final pienso que todo ha pasado como tenía que pasar. ¿Sabéis? Que todo lo que he dicho o hecho, todos mis errores, aciertos y desengaños son los que me han traído hasta aquí y no puedo más que maravillarme por la imperfecta perfección de la vida y por vivirla a su lado todo el tiempo que pueda.

La vida me ha concedido, a su manera, justo lo que yo quería, lo único que no se puede comprar con dinero y lo que me faltaba para ser cien por cien feliz: el amor incondicional, a mi persona con mayúsculas.

Cuánto durará, cuánto crecerá, cómo lo gestionaremos... eso solo dependerá de nosotros. De sentirnos bien juntos y querernos con nuestras virtudes, pero sobre todo con nuestros defectos. De dejar atrás el pasado y comenzar a volar en la misma dirección.

Yo estoy segura de que lo quiero con todo y él también me ha demostrado que siente así, pese a todo el daño pasado.

No quiero perder esa chispa que me hace ser diferente, pero que me hace ser yo, y he encontrado a quien la enciende.

Nos han concedido una nueva vida, bendita y loca. Y no nos queda más remedio que honrarla haciendo que cuente.

Gracias, Universo.

Segundo Epílogo

NICO

Pensaba que sabía lo que era el amor.

Bueno, se supone que he estado enamorado, debería saber reconocerlo, ¿no?

Sin embargo, cuando llegó a mi vida algo más intenso, más puro e incondicional, me di cuenta de que lo que había sentido antes por otra persona no se parecía en nada a esto.

Supe que estaba conociendo a quien se convertiría en el amor de mi vida. Y lo supe porque fue natural, nunca dio miedo.

Elena fue mi luz en una oscuridad que yo mismo me busqué.

¿Qué pretendía? ¿llegar hasta ella sano y salvo? ¿sin daño de relaciones anteriores?

De ser así, quizá cuando ella llegó hasta mí, no la hubiera reconocido. Por eso, me alegro de que todas mis vivencias hayan desencadenado este final, que no es más que el inicio de mi vida con una persona cargada de electricidad, de fuerza, de sentimientos, de chispa.

Mi chispitas.

No puedo estar más agradecido a la persona que más odiaba por haberme roto el corazón, porque tuvo el acierto de dejarme cuando lo hizo y porque la trajo hasta mí.

Notas

1. Está bien.
2. Papá, ¡Cuánto te he echado de menos!
3. ¿Quién eres tú?
4. Daniela, por favor, habla en español delante de los invitados.
5. Perdona, papá.
6. Me voy a dormir, papá.
7. Buenas noches.

Agradecimientos

Este libro ha tardado mucho en ver la luz. A los que lo sabéis, porque me lo habéis pedido, porque seguís esta historia desde el primero, ¡Disculpadme! Y ¡muchas gracias!

Espero que a todos os haya gustado, que lo hayáis disfrutado y que merezca la pena el tiempo invertido en su lectura.

También tenéis que saber que este no es el final para ninguna de las parejas.

Os espero en el siguiente libro porque vosotros y yo...
somos inevitables.

Sobre la autora



Raquel Attard es una abogada malagueña, escritora de poesía y novela romántica. Para saber más sobre sus trabajos, puedes seguirla en redes sociales o consultar sus libros en Amazon.

